CUADERNOS historia 16

Aragón en el Mediterráneo

F. Moxó, F. C. Casula, A. Leone e I. Rivero



46

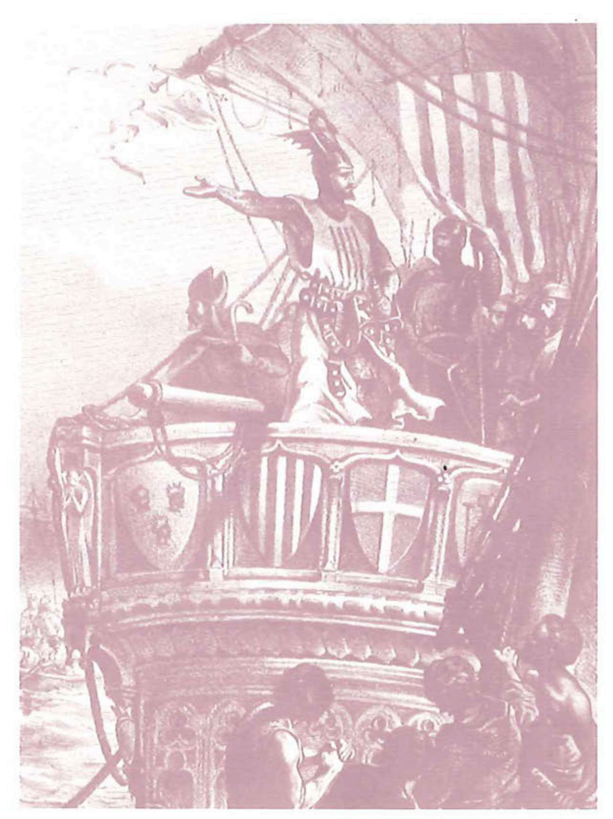
140 ptas

CUADERNOS historia 16

1: Los Fenicios • 2: La Guerra Civil española • 3: La Enciclopedia • 4: El reino nazarí de Granada • 5: Flandes contra Felipe II • 6: Micenas • 7: La Mesta • 8: La Desamortización • 9: La Reforma protestante • 10: España y la OTAN • 11: Los orígenes de Cataluña • 12: Roma contra Cartago • 13: La España de Alfonso X • 14: Esparta • 15: La Revolución rusa • 16: Los Mayas • 17: La peste negra • 18: El nacimiento del castellano • 19: Prusia y los orígenes de Alemania • 20: Los celtas en España • 21: El nacimiento del Islam • 22: La II República Española • 23: Los Sumerios • 24: Los comuneros • 25: Los Omeyas • 26: Numancia contra Roma • 27: Los Aztecas • 28: Economía y sociedad en la España del siglo XVII • 29: Los Abbasíes • 30: El desastre del 98 • 31: Alejandro Magno • 32: La conquista de México • 33: El Islam, siglos XI-XIII • 34: El boom económico español • 35: La I Guerra Mundial (1) • 36: La I Guerra Mundial (2) • 37: El Mercado Común • 38: Los judíos en la España medieval • 39: El reparto de Africa • 40: Tartesos • 41: La disgregación del Islam • 42: Los Iberos • 43: El nacimiento de Italia • 44: Arte y cultura de la Ilustración española • 45: Los Asirios • 46: La Corona de Aragón en el Mediterráneo • 47: El nacimiento del Estado de Israel • 48: Las Germanías • 49: Los Incas • 50: La Guerra Fría • 51: Las Cortes Medievales • 52: La conquista del Perú • 53: Jaime I y su época • 54: Los Etruscos • 55: La Revolución Mexicana • 56: La cultura española del Siglo de Oro • 57: Hitler al poder • 58: Las guerras cántabras • 59: Los orígenes del monacato • 60: Antonio Pérez • 61: Los Hititas • 62: Don Juan Manuel y su época • 63: Simón Bolívar • 64: La regencia de María Cristina • 65: La Segunda Guerra Mundial (1) • 66: La Segunda Guerra Mundial (2) • 67: La Segunda Guerra Mundial (y 3) • 68 Las herejías medievales • 69: Economía y sociedad en la España del siglo XVIII • 70: El reinado de Alfonso XII • 71: El nacimiento de Andalucía • 72: Los Olmecas • 73: La caída del Imperio Romano • 74: Las Internacionales Obreras • 75: Esplendor del Imperio Antiguo de Egipto • 76: Los concilios medievales • 77: Arte y cultura de la Ilustración en España • 78: Apocalipsis nuclear • 79: La conquista de Canarias • 80: La religión romana • 81: El Estado español en el Siglo de Oro • 82: El «crack» del 29 • 83: La conquista de Toledo • 84: La sociedad colonial en América Latina • 85: El Camino de Santiago • 86: La Guerra de los Treinta Años • 87: El nacionalismo catalán • 88: Las conferencias de paz y la creación de la ONU • 89: El Trienio Liberal • 90: El despertar de Africa • 91: El nacionalismo vasco • 92: La España del Greco • 93: Los payeses de remensa • 94: La independencia del mundo árabe • 95: La España de Recaredo • 96: Colonialismo e imperialismo • 97: La España de Carlos V • 98: El Tercer Mundo y el problema del petróleo • 99: La España de Alfonso XIII • 100: Las crisis del año 68.

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.
DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Adriana González. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 237 70 00, 237 66 50 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-016-3. Tomo V
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Expedición por el Mediterráneo del rey Jaime I de Aragon

Indice

LA CORONA DE ARAGON EN EL MEDITERRANEO

La presencia de la Corona de Aragón sobre el espacio mediterráneo —eje fundamental del mundo conocido hasta la Edad Moderna— se manifestó de muy variadas formas, en función del lugar concreto donde fue plasmada en la práctica. Así, Cerdeña, Nápoles, Sicilia y los territorios griegos que la conocieron entrarían en la órbita de la Confederación bajo muy diferentes circunstancias, tanto cronológicas como particulares de cada uno de estos ámbitos geográficos.

Los trabajos que integran este Cuaderno, *obra de Francisco de Moxó, F. C. Casula, Alfonso Leone e Isabel Rivero, sirven para explicar de la forma más adecuada unos hechos que en multitud de ocasiones se han visto oscurecidos por el elemento legendario, recurso de extensa utilización por parte de alguna historiografía tradicional. El carácter épico que en algunas ocasiones adoptó la expansión de la Corona de Aragón por el Mediterráneo sirvió como base para el establecimiento de una consideración en nada acorde con la realidad.*

Sicilia

Por Francisco de Moxó
Universidad Complutense de Madrid

UNO de los acontecimientos capitales que marcan el tránsito a una nueva época en la historia europea medieval fue el levantamiento popular de 1282 en Palermo, conocido con el nombre de *Vísperas sicilianas*. Y no sólo porque su significado se inscribe dentro del más amplio círculo del gibelinismo y del hundimiento definitivo de las aspiraciones a la supremacía del poder pontificio, sino por abrir paso a una nueva relación de fuerzas en el Mediterráneo occidental, con el acceso a un primer plano de la Corona de Aragón y, a través de ella, de los pueblos ibéricos.

Las relaciones de la Corona aragonesa con los Hohenstauffen se remontaban a los primeros años del siglo XIII, cuando Federico II se desposaba con Constanza, hermana de Pedro II *el Católico,* con la que recibió la Corona Imperial en Roma el 22 de noviembre de 1220, de manos de Honorio III.

Años después, muerto Federico tras su titánica lucha con el Pontificado, la dinastía aragonesa se vinculaba de nuevo con la Casa de Suabia al celebrarse en Montpellier (1262) el matrimonio de Constanza, nieta de Federico, como hija del bastardo de éste, Manfredo, con el infante Pedro, hijo y sucesor de Jaime el Conquistador.

Manfredo, que había señalado como dote 50.000 onzas de oro, veía así reforzada su posición internacional. Grande fue en cambio el disgusto de Alfonso X de Castilla, que, como hijo de Beatriz de Suabia, prima de Federico, mantenía sus aspiraciones al trono imperial.

Pero los pontífices no podían admitir que la sangre de los Hohenstauffen continuara controlando la Italia meridional. Por ello, tres años más tarde, Clemente IV (el francés Guy de Gros, ex jurisconsulto de Luis IX) concedía la investidura de Sicilia *Citra et ultra pharum,* o sea, de Nápoles y Sicilia, al hermano de San Luis, Carlos de Anjou, ya designado en 1253.

Al año siguiente (1266) moría Manfredo en el campo de Benevento. Ni aun entonces pudo descansar en paz, ya que el arzobispo de Cosenza, juzgando que sus restos no debían yacer en su pretendido reino, feudo de la Santa Sede, mandó desenterrarlos y trasladarlos a otro lugar, como Dante recuerda (*Purgatorio,* canto III). Además, Carlos, habiéndose apoderado de sus tres hijos, los hizo cegar.

Recogió el estandarte de los Suabia, apoyado por los sicilianos, Conradino, nieto legítimo de Federico y muchacho de quince años al morir Manfredo; pero no tardó en ser vencido en Tagliacozzo (1268). Capturado en el mar cuando huía hacia Sicilia, fue decapitado poco después en el *Largo del Mercado* de Nápoles.

Es célebre la anécdota del *guante* lanzada a la multitud que, si bien (traído o no a España) pudo significar simplemente una invitación a la venganza, no hay duda de que fue *recogido* por los sicilianos y por el futuro rey de Aragón su pariente, en cuya corte se irían refugiando diversas personalidades del círculo de Manfredo como los Prócida, Lauria y Lanza. Al fin, asegurada la paz con Francia y con Castilla y tras diversas embajadas, en 1279-1280, a Túnez (ese Túnez ante cuyos muros había muerto pocos años antes San Luis, cuyo califa pagaba tributo en oro al rey de Sicilia, y que iba a servir de trampolín para la expedición aragonesa), Pedro III (ya rey desde 1276) emprende la preparación de color de Cruzada, de una poderosa escuadra, siempre animado por Constanza, que le incitaba a la prosecución eficaz de sus derechos, como recuerda pintorescamente Muntaner citando al trovador Muntanyagol: *Be ha prop la guerra cell qui l'ha enmig del sí, e pus prop l'ha qui l'ha en son coixí (Crónica*, Cap. XXXVII). (Si cerca tiene la guerra quien la tiene en su seno, más cerca la tiene aún el que la tiene en la almohada.)

Los sicilianos se adelantaron a la salida de la

Partida de San Luis, rey de Francia, a las Cruzadas, según miniatura de la Crónica de Villani (Biblioteca Vaticana) (arriba). *Jaime II de Aragón y su corte, según capitular del* Códice de la Paería, *Lérida* (abajo).



flota. El 30 de marzo de 1282, a la hora de Vísperas, estallaba en Palermo la sublevación, seguida de una general matanza de franceses, odiados ya por la población, al propasarse la soldadesca en el registro de una joven siciliana.

Se ha insistido en el carácter *republicano* del movimiento; pero, aunque en una primera fase el *Commune civitatis Panormi* se erigió en adalid del mismo, ampliándose paulatinamente a toda la comunidad insular, no cabe duda de que la solución dinástica y el intervencionismo aragonés, que la reacción de Carlos de Anjou hizo pronto necesario, estaban preparados de antemano y posibilitaron la consolidación institucional de la revuelta. Tanto más cuanto que Martín IV (el francés Simón de Brie), sordo a las peticiones de los sicilianos, se manifestó desde un principio incondicional partidario del monarca napolitano.

Así, la flota aragonesa, que al partir el 6 de junio de Port Fangós (al norte del delta del Ebro) constaba de unas 150 velas, llegó el 30 de agosto a Trápani, tras pasar parte del verano en las costas tunecinas de Al-Coll. Pedro III, que hizo a caballo el trayecto Trápani-Palermo mientras la flota seguía por la costa, fue acogido entusiásticamente por la población recibiendo el homenaje de la nobleza y representantes de las ciudades como rey de Sicilia. Carlos de Anjou se hallaba en Messina: allí recibía pocos días después una embajada de Pedro requiriéndole a reconocer sus derechos y abandonar la isla. Entonces, quizá con intenciones dilatorias, Carlos convocó a su rival a un desafío a celebrar en Burdeos el 1 de junio del 83 para resolver el litigio. El caballeresco episodio no tuvo lugar. Pedro, recelando una emboscada, acudió disfrazado al palenque, hizo tomar nota de su presencia y se retiró. Carlos no lograría recuperar la isla, en la que el aragonés había dejado a su esposa Constanza y a su hijo Jaime como lugarteniente.

Entretanto, el Papa fulminó la excomunión contra Pedro y concedió la investidura de su propio reino de Aragón a Carlos de Valois, segundogénito del rey de Francia Felipe III. Las consecuencias eran caras para Pedro III: debía afrontar, de una parte, la sublevación de la Unión nobiliaria argonesa y, poco después, la invasión de un poderoso ejército francés (1285) que atravesó el Pirineo y tomó Gerona. Pero las naves de Roger de Lauria, acudiendo prontamente desde Sicilia, salvaron la situación venciendo a la escuadra francesa de cobertura frente a la costa catalana. Los franceses emprendieron una desastrosa retirada, en la que murió el propio monarca Felipe III. No le sobrevivió mucho Pedro, que falleció el 2 de noviembre en Vilafranca del Penedés.

La división de las Coronas de Aragón y Sicilia entre sus hijos Alfonso y Jaime no logró atenuar la tensión internacional. Jaime fue coronado en Palermo el 2 de febrero siguiente, y tras el breve reinado en Aragón de su hermano Alfonso (1285-1291) —al que las agitaciones nobiliarias le obligan a buscar la paz por un entendimiento con Nápoles, la Iglesia y Francia, que culminó en el Tratado de Tarascón (1291)—, intentó de nuevo, al sucederle, la unión de las dos Coronas. Ello se manifestó sin embargo totalmente inviable y así se llegó al Tratado de Anagni (1295), por el que Jaime renunciaba al reino de Sicilia, devolviéndolo a la Santa Sede a cambio de la investidura de Córcega y Cerdeña.

¿Qué había supuesto para Sicilia este primer contacto con la Corona aragonesa? Hay que notar que tanto Pedro como Jaime fueron cautos en la concesión de feudos a sus súbditos ibéricos. Y sobre todo en los cuadros de una administración de viejo origen árabe o bizantino mantuvieron en general al personal autóctono, devolviéndoles los cargos que Carlos de Anjou había concedido a amalfitanos y napolitanos. H. Bresc ha señalado, justamente, este aspecto como *motor* de las Vísperas, así como el carácter típicamente siciliano de esta nobleza cívica urbana de caballeros, juristas y economistas. Sólo algún que otro puesto de prestigio y las capitanías de las ciudades fueron concedidos a súbditos catalanes.

En cuanto a lo económico, Pedro III se preocupó desde un principio de abolir los abusos y presión fiscal de Carlos de Anjou, al mismo tiempo que se manifestaba moderado en el recurso a subsidios y colectas (I. Peri). Intentó reponer el augustal de oro (como *pierreale d'oro)* y estabilizó el *croat* de plata en 1285. Buscó el control de las exportaciones como fuente de ingresos a través del *Magister Portulanus* y de los portulanos a él subordinados en los 10 ó 12 puertos principales de la isla, junto con la venta de licencias, exenciones y privilegios.

Por su parte, como observa P. Vilar, los consellers barceloneses fueron consiguiendo nuevos privilegios, confirmando antiguos y estableciendo consulados en Palermo y Messina. Con Jaime II los catalanes quedaron igualados a los genoveses y recibieron varias licencias de exportación de trigo con bajo derecho de aduanas. Toda esta actividad comercial se tradujo en una etapa de abundancia que los cronistas sicilianos señalan unánimemente.

Dinastía aragonesa en Sicilia (1296-1377)

Los sicilianos, que se habían sentido traicionados en Anagni, no aceptaron la nueva situación y proclamaron rey a Federico, tercer hijo de Pedro, que ocupaba desde la partida de Jaime la lugartenencia del reino. En vano Jaime II, en cumplimiento de lo prometido al Papa, acudió en doble expedición contra su hermano en 1298

y 1299. Al fin, quejoso de no recibir la ayuda económica prometida por Bonifacio VIII y Carlos II de Anjou, se retiró.

La lucha entre Federico III y Carlos continuó hasta el Tratado de Caltabellota (1302), por el que se reconocía a Federico, mientras viviera, el título de *rey de Trinacria* (antiguo nombre griego de la isla alusivo a su forma triangular), debiendo revertir a su muerte a los Anjou, que conservaban el de *rey de Sicilia (citra e ultra pharum,* o de las dos Sicilias).

Los primeros años del reinado de Federico III (1296-1337) constituyeron un período de prosperidad económica para la isla, no impedida de momento por las guerras, pronto renovadas con Nápoles. Sintiendo afianzada popularmente la dinastía y animado por la expedición a Italia de Enrique VII, que le nombró almirante del imperio (1312), Federico olvidó lo estipulado en Caltabellota y reasumió el título de *rey de Sicilia,* asociando al trono en 1321 a su hijo Pedro como sucesor.

Ya desde Anagni, muchos caballeros catalano-aragoneses habían permanecido a su servicio recibiendo feudos, como lo atestigua el *Ruolo dei feudatarii* iniciado en 1296. Su propio hermano Jaime firmaba con él un pacto de alianza al año siguiente de Caltabellota, y cuando, años después, se decidió a la ocupación de Cerdeña



Clemente IV entrega a Carlos de Anjou la investidura del Reino de Nápoles y Sicilia (fresco de la Tour Ferrade, Pernes-les-Fontaines)

ARAGON

SICILIA

—— Reyes aragoneses de Sicilia

CASA DE BARCELONA

CASA DE SUABIA

Pedro II — Constanza — 1.ª — Federico II (+1250) — 2.ª — Isabel de Brienne

Jaime I (+1276) — Manfredo (+1266) — Conrado IV (+1254)

Pedro III (+1285) —— Constanza — Conradino (+1268)

RAMA MAYOR — RAMA MENOR

Alfonso III (+1291) — Jaime II (+1327) — Federico III (+1337)

Alfonso IV (+1336) — Pedro II (+1342) — Juan

María de Navarra — 1.ª — Pedro IV (+1387) — 3.ª — Leonor (+1375) — Constanza (+ 1348) — Eufemia (+1359) — Luis I (+1355) — Federico IV (+1377) —— Constanza (+1363), hija de Pedro IV

Constanza

CASA DE TRASTAMARA

Juan I de Castilla —— Leonor — Juan I (+1395) — Martín I (+1410) —— María de Luna (+1406)

Enrique III de Castilla — Fernando I (+1416)

Alfonso V (+1458) — Juana Enríquez — 2.ª — Juan II (+1479) — 1.ª / 2.º — Blanca de Navarra (+1441) — 2.ª / 1.º — Martín «el Joven» (+1409) — 1.ª — María (+1401)

Fernando el Católico rey de Sicilia (1469) — Martín (+1407) — D. Fadrique, conde de Luna (+1438) — Pedro (+1400)



(1323), fue fundamental el aprovisionamiento de trigo que desde Sicilia brindó Federico a la expedición.

También la influencia sícula se hizo patente en diversos aspectos institucionales de la Curia aragonesa: cargos de canciller y maestro racional (especie de *ministro de Hacienda),* organización de los registros, etcétera. Los comerciantes catalanes siguieron disfrutando de privilegios y ventajas económicas durante todo el reinado. Es más, Sicilia se constituyó en punto de enlace del mundo catalano-aragonés con el Mediterráneo oriental, no sólo a través de la expedición de los almogávares, inactivos tras Caltabellota, sino del propio comercio con los lejanos puertos de Alejandría o Beirut.

Pero el dinamismo económico iba a verse frenado ya en los últimos años de Federico dado el desgaste producido por el continuo roce bélico con los Anjou. Luego, los años que siguieron al breve reinado de Pedro II (1337-1342) fueron francamente duros: dos minorías sucesivas de sus hijos Luis I (1342-1355) y Federico IV. A la recesión económica provocada por la peste negra (dentro de un cambio general más amplio de coyuntura en Europa y con hitos como Crecy en 1346, la caída de las compañías florentinas, etcétera), se sumaron las apetencias anexionistas cada vez menos disimuladas, de Pedro IV de Aragón (1336-1387), apoyado en judíos y pisanos, quien acababa de anexionarse el reino de Mallorca (1344).

La nobleza siciliana se hallaba dividida en dos bandos: el filoaragonés y el angevino o latino, encabezados, respectivamente, por los Ventimiglia y Chiaromonte. Sus luchas ensombrecieron este período. De ellas fueron juguetes, tras la regencia pro-catalana del infante Juan (+ 1348) las *vicarias* Constanza y Eufemia.

Ya en 1342, a raíz de la muerte de Pedro II y el comienzo de la regencia de Juan, se había producido un movimiento popular contra los partidarios de éste, sin resultado. En 1346 un mercader pisano constataba la *prepotencia* de los catalanes aun en las sedes judiciales. En 1348, por fin, a raíz de la primera peste (hubo varias sucesivas que hicieron descender la población en cerca de un 50 por 100), tenía lugar el levantamiento más violento contra aquellos, seguido de una matanza general de los mismos; todo lo cual, sin embargo, no llegó a cuajar en un verdadero movimiento nacionalista, al ser atizado y neutralizado pronto por las opuestas facciones nobiliarias entre las que se movía hábilmente la política de Pedro IV. Este lograba casar en 1349 con Leonor de Sicilia y en 1361 conseguía el matrimonio de Federico IV, recién llegado a la mayoría edad, con su hija Constanza.

Juana I de Nápoles, contraatacando, se había presentado la vigilia de Navidad del 56 con su esposo, Luis de Tarento, en Messina, ciudad que permaneció en su poder hasta 1364, tratando seguramente de evitar la que se preveía cada vez más próxima absorción aragonesa, firmó con Federico la paz que ponía fin a noventa años de guerra entre Nápoles y Sicilia y a la enemistad de la Santa Sede hacia ésta, reconociéndose la legitimidad del monarca siciliano a la par que se concertaba el matrimonio de éste (viudo desde 1263 de Constanza) con una prima de Juana. Pero no hubo sucesión de ésta y así, cuando murió en Messina en 1377, Federico dejaba tan sólo una hija de quince años de su primer matrimonio, María, a la que en virtud de dispensa papal sobre el testamento de Federico III, que excluía la sucesión femenina, se había capacitado para heredar la Corona.

La época de los Martines (1377-1410)

Tras una primera tentativa de atraerse la Corona, no reconociendo la sucesión de María, Pedro IV, ante la decidida oposición de los barones sicilianos, intentó en vano casarla con su primogénito Juan. Este, sin embargo, contrajo matrimonio en 1380 con la sobrina del rey de Francia Violante de Bar, y aunque el disgusto por este fracasado *matrimoni de Cicilia* (como se le designa en las fuentes) envenenaría en lo sucesivo las relaciones entre padre e hijo, sus consecuencias indirectas no dejaron de favorecer la consolidación de los lazos entre Aragón y Sicilia.

Pedro no se dio por vencido e inició las gestiones para el matrimonio de la heredera siciliana con su nieto Martín el Joven (entonces de cuatro años de edad), hijo de su segundo génito el infante Martín —nombrado *vicario* de Sicilia como depositario de los derechos de su madre Leonor— y de María de Luna. Es más, en 1382, el vizconde de Rocabertí, de regreso de Atenas, se apoderaba de la heredera siciliana, que, tras una breve estancia en Cagliari, era llevada a la corte de Aragón.

Es entonces cuando el Cisma de Occidente, recién abierto (1378), entró a jugar como nuevo e importante factor en el futuro de la cuestión siciliana. En 1390, el nuevo rey, Juan I de Aragón, declaraba su obediencia al Papa aviñonés tras los años de indiferencia de Pedro IV (+1387), y merced a los buenos oficios del influyente cardenal aragonés Pedro de Luna, obtuvo la dispensa para el matrimonio de Martín y María, con la obligación, por parte del infante Martín, de sojuzgar aquel reino. Celebrado el enlace en Barcelona en 1391, al año siguiente la real pareja partió de Port Fangós acompañada por dicho infante, padre del novio. Conquistadas Palermo y Catania, no sin tener que vencer una larga resistencia de diversos barones de la isla, lograron al fin la sumisión de la misma.

La muerte de Juan I sin sucesión masculina en los bosques de Torroella de Montgrí (1396)

Venta de grano en un puerto mediterráneo de la Corona de Aragón, en el Retablo de San Nicolás de Bari, *por Jaume Cabrera, 1406* (arriba). *Pedro III* el Grande, *según capitular del* Llibre Verd, *siglos XIV-XV* (Archivo Municipal de Barcelona)



determinó la subida al trono de su hermano Martín. Este regresó de Sicilia para recibir la corona, no sin antes rendir vasallaje en Aviñón al nuevo papa aragonés Benedicto XIII (pariente de su mujer la reina María de Luna), de quien recibió la Rosa de Oro. Conviene observar aquí que las pretensiones al trono de Nápoles de la segunda Casa de Anjou, apoyada por Aviñón y emparentada con la dinastía aragonesa, debilitaban la posición de éste y consolidaban de rechazo el influjo aragonés en Sicilia.

La política de los Martines respecto a Sicilia condujo al afianzamiento progresivo del nuevo estado de cosas, intentando contentar en diversos aspectos a los barones sicilianos con promesas de privilegios, oficios y concesiones. Estos, por otra parte, no podían mostrarse a la larga excesivamente esquivos dada su delicada situación.



De 1340 a 1390, el descenso de población había provocado la caída de las rentas nobiliarias que en 1375 (después de la 2.ª y 3.ª gran peste) habían alcanzado su punto más bajo, endureciéndose la actitud de los nobles hacia el campesinado y *desempolvándose* antiguas banalidades. Los pocos que perseveraron en la resistencia (Chiaromonte, Alagón) fueron privados de sus feudos, que pasaron a catalanes (Cabrera y Moncada, respectivamente).

Estas y otras concesiones, así como una política de enlaces, hizo aumentar, por otra parte, el número de feudatarios catalanes, que en una lista de 1408 era de 87 sobre 421, proporción bastante mayor que la de la época subsiguiente a las Vísperas. También a diferencia de ésta fueron cada vez más numerosos los nombramientos para diversos cargos de funcionarios catalanes, resistiéndose Martín el Joven en el Parlamento de Siracusa de 1398 a la exigencia de nombrar obligatoriamente sicilianos para los oficios públicos.

En cambio, el capital catalán, tras la crisis del 81 y el dominio financiero de los italianos en tiempo de Juan I, se había resentido en favor de pisanos, genoveses y florentinos. Heers observa que *Sicilia ofrecía un perfecto ejemplo de esta economía tan particular de los trigos: permisos de exportación vendidos a las grandes compañías de Florencia, Venecia o Génova.* Esta última duplicaba a Cataluña en 1407 y 1408 en el tráfico de trigo siciliano (Trasselli).

Cuando todo hacía prever la nueva fusión de las dos Coronas en Martín y María y su descendencia, una verdadera catástrofe sucesoria acabó con el futuro de la dinastía, si bien con el mismo resultado, aunque desde muy diversos presupuestos, de la unión de ambos reinos. La muerte temprana del hijo de Martín el Joven y María, Pedro (1400), seguida a corta distancia por la de su madre (1401), llevó al monarca siciliano a nuevas nupcias con Blanca de Navarra (1402): pero también el hijo de este segundo matrimonio fallecería en 1407. Por fin, en 1409, sucumbía el propio Martín el Joven en una expedición a Cerdeña, dejando como heredero a su padre, el rey Martín de Aragón, cuya muerte, al año siguiente, cuando se disponía a pasar a Sicilia, abría el largo interregno que daría paso, con el Compromiso de Caspe, a la entronización de la Casa de Trastámara.

Los Trastámara y el Virreinato (1410-1479)

Una joven figura iba a terciar sin embargo en esta sucesión. Se trataba del pequeño don Fadrique, Conde de Luna, hijo natural de Martín el Joven y de la siciliana Tarsia Rizzari, criado en Aragón desde 1403 y legitimado para la sucesión en el reino de Sicilia por Martín el Humano y Benedicto XIII.

Precisamente cuando Martín I estaba a punto de fallecer se encontraba junto a él en Barcelona una embajada siciliana que pretendía lograr la designación de don Fadrique como rey de la isla. Los sicilianos, en frase de Ramón Torrelles, esperaban a don Fadrique *com los juheus esperen Mesies.*

Candidatos en Caspe como Fernando de Antequera y Luis de Anjou, intentaron la boda de don Fadrique con alguna hija suya. Decisiva fue sin embargo la influencia de Benedicto XIII, no sólo para impedir estos enlaces, sino para el arrinconamiento definitivo del joven pretendiente, recluido en Segorbe, que si bien era pariente suyo, ofrecía poco sólido apoyo a sus aspiraciones, dada su muy temprana edad. Pese a ello, elegido ya en Caspe Fernando (no sin haber movido hábilmente su influencia en Sicilia cerca de la reina viuda Blanca, prima suya como hija de la reina de Navarra, Leonor de Castilla), todavía corrió por Sicilia el rumor de que *lu illustri don Frideric e factu re.*

Pero todo sería en vano. Fernando, apenas elegido, escribía a Ramón de Torrelles pidiéndole lo que hubiese sobre la donación de Sicilia por Martín I a don Fadrique. El 21 de noviembre de 1412 se presentaba en Tortosa a Benedicto XIII para recibir la investidura de Sicilia, Córcega y Cerdeña, prometiendo un censo anual de 8.000 florines de oro. Finalmente, en 1414, pocos días antes de su coronación en Zaragoza, para cortar de raíz todo amago independentista, declaraba la unión perpetúa de las Coronas de Aragón y Sicilia, declaración que sería renovada por Juan II en 1458.

En lo sucesivo, y hasta la guerra de Sucesión española, a principios del XVIII, Sicilia sería gobernada por virreyes, título que, con algún precedente como los de los ducados de Atenas y Neopatria (1381), Mallorca (1397) y Cerdeña (1411) se implantaría en los diversos Estados de la Corona española y en sus posesiones americanas en la época imperial.

En cuanto al resto de la administración, aunque continuó la infiltración de los peninsulares, ya iniciada en la época de los Martines (todavía en 1446 el Parlamento siciliano pedía a Alfonso V que sólo los virreyes o jueces superiores pudiesen ser de fuera del reino), ello se vio pronto compensado por la posibilidad que se abrió a los sicilianos de ocupar puestos fuera del reino, particularmente en Nápoles.

Por lo que hace al desarrollo económico, la época de los Trastámara, particularmente en los años 1420 al 40 (Pierre Vilar) y luego tras el asentamiento definitivo de Alfonso V en Nápoles (1443-1458), iba a representar una etapa de prosperidad para Sicilia, tan sólo disminuida por las repercusiones de la guerra civil catalana (1462-1472).

También en este período los barones sicilianos se convierten paulatinamente en animadores de grandes empresas agrícolas y comerciales, dando lugar a la aparición de la primera gran industria del azúcar en la Sicilia oriental. A éste y al trigo hay que añadir como siempre el atún, la seda de Messina y el algodón y esclavos (procedentes de Africa y aun hasta cierto punto de Oriente) del mercado de Siracusa.

Además, conquistada Nápoles, ésta entraba ahora de lleno con Sicilia en la ruta de Levante: Mallorca, Alghero, Cagliari, Gaeta, Nápoles, Palermo, Messina, Siracusa, Rodas y Alejandría. Y aunque la caída del Mediterráneo oriental en poder de los turcos y el posterior descubrimiento de la ruta de las Indias acabarían anulando la importancia de las bases más lejanas de esta ruta comercial, el circuito del Mediterráneo occidental, con sus hábitos comerciales, sus usos marítimos y su entramado financiero, no sólo constituyó por mucho tiempo el sustrato económico de la importante presencia política española en el área, sino que, desaparecida ésta, dejó huella de solidaridad entre los pueblos ribereños de esta parte del Mediterráneo

Alfonso V el Magnánimo (litografía de la Historia de España ilustrada, *de R. del Castillo, 1880)*

Cerdeña

Por Francesco Cesare Casula
Universidad de Cagliari

LO que la historiografía tradicional denomina Cerdeña aragonesa nació oficialmente en Roma el 4 de abril de 1297, cuando el papa Bonifacio VIII, para deshacer el nudo de la Guerra de las Vísperas y disolver uno de los principales focos de fricción entre Pisa y Génova, creó un *Regnum Sardiniae et Corsicae,* que dio en feudo a Jaime II, rey de Aragón y Valencia y conde de Barcelona. Este, para hacer efectivo su dominio, tendría que conquistarlo.

Hasta entonces, el Papado y el Imperio, consecuentes con las doctrinas *Omninsular* y *Verus Imperator,* habían establecido un reino unitario de Cerdeña. Sólo con Bonifacio VIII se constituyó el *Reino de Cerdeña y Córcega,* que no comprendía el territorio sino el nombre de ambas islas, para las que el Papa concedía en la práctica una simple *licentia invadendi.*

Los *giudicati* eran divisiones territoriales gobernadas por un juez. La nación sarda tenía en el siglo x cuatro *giudicati:* Gallura, Cagliari, Logudoro y Arborea. Sin embargo, a finales del siglo XIII, Gallura y Cagliari pertenecían al Común de Pisa; Logudoro, a las familias Doroa y Malaspina de Lurigiana y al Común de Sássari, subordinado a Génova, y Arborea conservaba su independencia, gobernado por los descendientes de la familia catalana Bas-Cervera, familia que al llegar a Oristano emparentó con la dinastía de los Serra, entonces reinante.

Arborea

Arborea era un modelo de Estado. Se dividía administrativamente en trece curatorías o partes formadas por un conjunto de villas *(biddas)* y gobernadas cada una de ellas por un *maiore.* Para salvaguardar sus intereses políticos y comerciales tenía sus propias fronteras y a quien no era sard-arborense se le consideraba extranjero, *esitizo,* incluidos los sardos de las otras regiones de la isla.

Tras el Tratado de Caltabellota (1302), Jaime II pensó que la situación internacional le era favorable para proseguir la expansión mediterránea hacia el Próximo Oriente a través de la ruta de las islas: Baleares, Cerdeña, Sicilia y Chipre.



Y quiso entonces realizar ese *Regnum Sardiniae et Corsicae,* que era hasta el momento una de tantas iniciativas de la Iglesia, sin seguridad futura.

El principal aliado de Jaime II en Cerdeña era Hugo II de Bas-Serra, rey o *giudice* de Arborea. Este, pese a ser hijo natural y contar por ello con la oposición de Pisa, había subido al trono de Oristano. De ahí que se pusiera de acuerdo con el rey de Aragón para quitarse de encima la dominación pisana y asegurarse los derechos sobre Arborea.

El acuerdo feudal, discutido por representantes de ambas partes en la sede papal de Aviñón hasta 1322, fue perfeccionado el 20 de septiembre de 1323 durante el asedio de Iglesias, acaecido tras el desembarco de los aragoneses. Es de máxima importancia para la historia sarda, ya que, según los historiadores, fue el motivo de la ruptura entre Arborea y los catalano-aragoneses en 1353 y de la caída del Estado indígena y del vago sueño sardo-oristanés de unidad nacional.

Arborea, como los demás *giudicati* desaparecidos, no era un Estado patrimonial, propiedad del soberano, un *herrschertum,* sino un Estado *subiectivus* superindividual (por encima de los mismos gobernantes) con Parlamento propio *(corona),* patrimonio *(rennu),* leyes *(cartas de logu),* comarcas *(curatorías),* instituciones, cancillerías, fronteras, sellos, estandartes, etcétera.

Su *logu* —que quería decir en sardo el territorio estatal— estaba gobernado por un monarca designado por el Parlamento (formaban la *Corona de logu* los representantes de las *villas* del reinado: libres y alto clero) sobre una base electiva-hereditaria y de acuerdo con unas reglas de sucesión que incluían la Ley Sálica. Primero, varones; luego, las mujeres con título; éste pasaba a los hijos y, en defecto de éstos, al marido.

Había entre rey y pueblo en Cerdeña el vínculo jurídico del *bannus consensus,* es decir, la concesión del *imperium* a cambio de respetar determinados derechos del pueblo. Por no respetarlos, muchos soberanos fueron eliminados *legalmente* por sus súbditos.

Lo que el rey hacía en política sin el *placet* de la *Corona de logu* tenía carácter personal, o sea, no obligaba al pueblo. Esto ocurrió con el acuerdo feudal entre Hugo II de Bas-Serra y Jaime II de Aragón. En el acta escrita no hay intervención estatal: ni *testes* autorizados ni *signa* de cancillería.

Mediante este acuerdo, el soberano catalán concedía en feudo perpetuo el *giudicato* y las tierras *ultra iudicatum* al rey de Arborea, respetando derechos y tributos de las *villas* del reino a cambio de la ayuda militar de la *mesnada* privada de Hugo II y de su juramento de fidelidad. En señal exterior de vasallaje, las insignias personales del monarca de Oristano unirían al símbolo del Estado sardo (el árbol verde desarraigado en campo de plata) el símbolo del linaje de los condes-reyes de Barcelona (cuatro palos rojos en campo de oro).

La conquista aragonesa

La guerra contra los pisanos empezó el 11 de abril de 1323. Hugo II atacó a un contingente de toscanos armados que habían cruzado la frontera arborense y provocado revueltas en gran parte de la isla. Jaime II, para ayudar al *giudice,* envió el 15 de mayo a Cerdeña tres galeras con 800 hombres al mando de Gerardo y Dalmacio de Rocabertí. Y el 31 del mismo mes mandó una escuadra de 300 embarcaciones a las órdenes del almirante Francisco Carrós (o Carroz) y presidida por el príncipe heredero Alfonso.

La flota llegó al puerto de Palma el domingo 1 de junio de 1323. Entre el 26 de junio y el 4 de julio tuvo lugar el asedio a la amurallada ciudad minera de Cixerri, Villa di Chiesa (Iglesias), protegida por las guarniciones de los castillos de Gioiosaguardia (Villamassargia) y de Acquafredda (Siliqua). El cerco, con sangrientos asaltos, salidas de las tropas, sabotajes y otros incidentes, duró más de siete meses, hasta el 7 de febrero de 1324.

Durante este largo período, el infante primogénito, procurador general de rey en los reinos de la Corona, perfeccionó los acuerdos diplomáticos ya entablados por su padre con Hugo II, los Doria, los Malaspina y con el Común de Sássari, e inició, como se había establecido, el programa de infeudación de la Cerdeña pisana en favor de los barones catalano-aragoneses-valenciano-mallorquines que con sus *mesnadas* participan en la expedición.

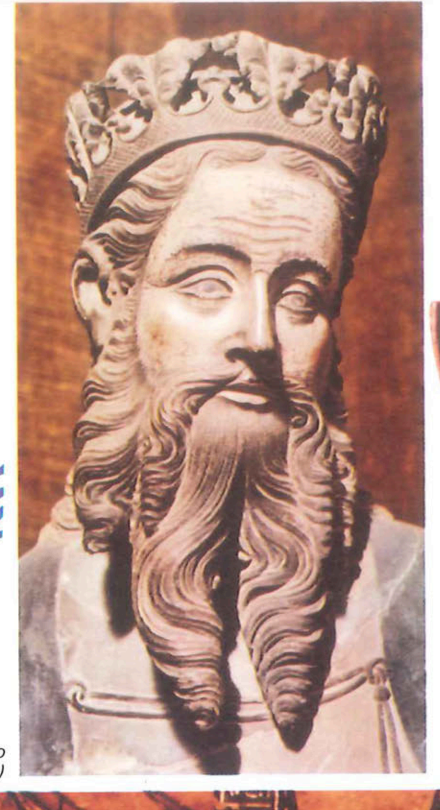
Después de la rendición de Iglesias el infante Alfonso no perdió tiempo. Dejando la ciudad bien defendida y tranquila, llegó el 13 de febrero a Domusnovas para atacar Castel di Castro (Cagliari). El 1 de marzo, en Lutocisterna, zona de Fangario hacia S. Gilla, chocó por primera y única vez *en línea* con el ejército pisano, que venía a prestar ayuda a la ciudad. Dicho ejército desembarcó en la playa de Maddalena, en el territorio de Capoterra, al mando de Manfredi de Donorático, hijo de Neri, señor de Sulcis. Vencieron con gran dificultad los aragoneses. Simultáneamente tuvo lugar en aguas sardas la victoria naval del almirante Francisco Carrós sobre la flota de Pisa, y la conquista de la Gallura.

El 19 de junio Cagliari se rindió: Pisa cedía al rey de Aragón sus derechos sobre Cerdeña. El infante, en nombre del rey, recibía Castel di Castro de Cagliari, y se lo concedía a Pisa en feudo con los términos de Stampace y Villanova, el puerto y el estanque.

Tras dejar el *regnum* en manos de un gobernador general residente en Bonaria, Alfonso y



Embarcación catalana en un azulejo de Manises del siglo XV



Pedro IV el Ceremonioso (Museo de Arte de Cataluña)

Croat *barcelonés de Alonso IV el Benigno*

Coques *catalanas (detalle del retablo de Santa Ursula, siglo XIV. Iglesia de San Francisco, Palma de Mallorca)*

su mujer, Teresa, partieron de Palma de Sulcis el 25 de julio de 1324, y el 1 de agosto desembarcaron en el puerto de Barcelona.

Pero la conquista de Cerdeña estaba lejos de consolidarse. A finales del 1324 los Doria, los Malaspina, los sassareses, los pisanos del continente y los de Castel di Castro de Cagliari se sublevaron contra los aragoneses.

En el norte, la rebelión fue sofocada por Hugo II de Arborea a principios de 1325. En cambio, en la región cagliaritana continuó hasta la derrota de la flota pisano-genovesa en el golfo de Cagliari, a finales de 1325. El 9 de junio de 1326 los pisanos abandonaron definitivamente la ciudad a cambio de ciertas rentas feudales. Terminaba la dominación de Pisa sobre la isla.

Siguiendo el modelo continental de la Corona de Aragón, la Cerdeña catalano-aragonesa se dividía en dos sectores administrativos que dependían de un gobernador general (a veces dos, con derechos sobre el *Cabo de Cagliari y Gallura* y sobre el *Cabo de Logudoro):* el regio y el feudal; el primero comprendía el gobierno de las ciudades o villas regias (Iglesias, Cagliari, Sássari, más tarde Alghero, etcétera), y el segundo, el control de los campos enfeudados. A partir de 1418, un virrey gobernó el *regnum.*

El 2 de noviembre de 1327 moría en Barcelona el gran rey Jaime II. Le sucedía su segundo hijo, Alfonso IV, llamado *el Benigno.* Bajo su reinado estallaron diversas revueltas antiaragonesas en Cerdeña, reprimidas violentamente por el gobernador general Bernardo de Boixadors.

La revolución de los Arborea

Los Arborea (como los Bas-Serra preferían llamarse) se habían dedicado física y sentimentalmente a los catalanes, de los que descendían por línea masculina. Esto no suponía ninguna merma de soberanía en el Estado sardo que ellos gobernaban, ya que el Estado se situaba por encima del mismo linaje reinante.

El *giudice* Hugo —artífice del nuevo camino histórico de Cerdeña— y Alfonso IV murieron casi al mismo tiempo: Hugo el 5 de abril de

Jaime II de Aragón (litografía de la Historia de España ilustrada, *de R. del Castillo, 1880)*



1335 y Alfonso el 24 de enero de 1336, dejando ambos una situación política interna y externa oscura e inestable.

La alianza entre los Bas-Serra de Oristano y los soberanos de Barcelona continuó durante el período de Pedro IV el Ceremonioso, heredero directo de Alfonso IV, quien al subir al trono adoptó el título de tercer rey de *Cerdeña y Córcega.* Reinó durante cincuenta y un años hasta el 5 de enero de 1387 y fue el rey más grande de la Confederación, llevando a la Corona a la máxima extensión: Cataluña, Aragón, Valencia, Mallorca, Cerdeña, Sicilia, Rosellón, Cerdaña, Atenas y Neopatria.

Combatió contra Jaime III de Mallorca, contra los árabes de Africa y España, las Uniones aragonesa y valenciana, Castilla, el Común de Génova y, por lo que nos atañe, contra la Cerdeña *giudicale* y señorial.

Completamente distinto fue Pedro de Arborea, del que no se recuerda nada interesante: murió en la primera mitad de 1347, fiel a la Corona de Aragón, de acuerdo con las recomendaciones testamentarias del padre.

Le sucedió, según las reglas de sucesión respetadas por la *Corona de Logu,* su hermano Mariano, de unos treinta años, muy inteligente y de fuerte carácter. Había estudiado en Barcelona, donde en 1336 se casó con la noble Timbor, hija de Dalmacio, vizconde de Rocabertí. De este matrimonio nacieron Hugo (el futuro Hugo III), Eleonora (futura famosísima *giudicessa* regente) y Beatriz (abuela del *giudice* Guillermo III de Narbona).

Las especulaciones sobre los motivos de la ruptura entre la dinastía Arborea y la Corona de Aragón, que precipitaron la caída del último Estado indígena de Cerdeña, privando a ésta de una historia, de un Estado y de una nacionalidad propias, son de dos clases.

Una, personal, identifica en las actitudes privadas de los *giudice* oristaneses —de Mariano IV en adelante— la causa de la guerra que los aragoneses llamaron rebelión. La otra, general, atribuye a la lucha por la supervivencia de uno u otro Estado el conflicto entre el reino de Arborea y el Reino de Cerdeña y Córcega.

En 1350 se estableció un acuerdo con Branca y Manfredi Doria, padre e hijo. Estos vendieron sus derechos sobre Alghero al rey de Aragón a cambio de que éste reconociese a la familia los feudos de Monteleone y de Chiaramonti con las vastas curatorías de Nurcara, Caputabbas, Nughedu (o Bisarcio) y Anglona.

No fue tarea fácil: como se sabe, los algherеses y una parte de los Doria —principalmente la rama de Cassano con Nicolás y sus hermanos— resistieron el asedio de los catalano-aragoneses y confiaron la ciudad a Génova el 15 de febrero de 1353.

El 27 de agosto de 1353 Bernardo de Cabrera puso en fuga una flota genovesa en Portoconte y pudo desembarcar y atacar Alghero, que se rindió el 29 del mismo mes.

Desde la rendición de Alghero, toda Cerdeña se vio envuelta en un clima de guerra difícil de resumir, porque la historia se quiebra en múltiples choques, batallas y hechos particulares que llevan fatalmente a la solución final: la caída del *giudicato* de Arborea en 1410-20 y la victoria del *Reino de Cerdeña y Córcega* catalano-aragonés. Este reino, en 1421, celebró, en presencia del rey Alfonso el Magnánimo, su primer Parlamento ordinario como símbolo constitucional del nuevo Estado sardo —aun cuando imperfecto y parcial (no obtuvo nunca la *suma potestas)* y no conquistó nunca Córcega—, que duró hasta 1861, es decir, hasta la Unificación de Italia, después de haber pasado a manos españolas en 1479, austriacas en 1708 y piamontesas en 1720.

Antes, de 1353 a 1420, hubo sesenta y siete años de guerra *nacional,* y un período de revoluciones culminadas con la derrota de Leonardo de Alagón en 1478, que dejó las secuelas de una encendida pero difusa y constante resistencia sarda, perceptible aún en época moderna y contemporánea.

Pedro IV en Cerdeña

A principios de octubre de 1353 Alghero volvió a rebelarse. Expulsó a las tropas del comandante Gilberto de Castellet y se unió a las de Mateo Doria, hermano del difunto Branca, que, aliándose con Mariano de Arborea, habían cercado Sássari. Entretanto, las tropas oristanesas llegaron a Quartu.

En tan grave situación, Pedro IV no tuvo más remedio que organizar una grande y costosísima expedición militar a Cerdeña para truncar definitivamente —así lo creía él— la resistencia en su atormentado reino de ultramar. Fuerzas de tierra al mando del rey y fuerzas navales a las órdenes de Bernardo de Cabrera iniciaron el asedio de Alghero, que duró cinco meses.

El 17 de enero de 1355, el rey fue a Cagliari. Allí dividió la gobernación general de Cerdeña y Córcega en dos: la de *Cabo de Cagliari y Gallura* y la de *Cabo de Logudoro;* y anunció un Parlamento especial, convocando a toda prisa a los representantes de la nobleza, del clero y de las *villas* reales de la Cerdeña aragonesa, que debían formar los tres brazos o estamentos de las Cortes.

El 11 de julio de 1355, tras largas negociaciones, Mariano IV de Arborea y Mateo Doria firmaban la paz en la regia villa de Sanluri, y el 6 de septiembre Pedro IV regresaba a Barcelona.

Pasaron diez años, y en 1364 empezó de nuevo la guerra. Esta vez, la lucha asumía un carácter más nacional y directo con la participación, probablemente deliberada en la *Corona de Logu,* del pueblo *giudicale y* de la mayoría de los sardos.

Por desgracia, los esfuerzos arborenses fueron inútiles y Mariano IV murió en 1376, quizá



de peste, sin poder realizar su sueño de unidad nacional.

Tampoco tuvo éxito su sucesor, Hugo III, quien el 3 de marzo de 1383 fue apuñalado junto a su hija por súbditos insurrectos, tal vez por prevaricación.

La *Corona de Logu* designó entonces a Federico Doria-Bas, hijo primogénito de Brancaleone y de Eleonora de Arborea. Pero éste no podía asumir sus poderes hasta los dieciocho años. Por tanto, de acuerdo con las costumbres judiciales, gobernó como regente su madre, Eleonora, llamándose igualmente *juighissa* hasta 1392-1393.

Eleonora de Arborea

Apenas llegada al gobierno, y con arriesgada decisión, Eleonora permitió dirigirse a Barcelona a Brancaleone para examinar la situación sarda y aclarar su posición personal. Pero al mismo tiempo emprendió la guerra contra Aragón, lo que provocó el arresto en Barcelona de Brancaleone Doria, quien en 1384 fue trasladado a Cagliari y encarcelado en la torre de San Pancracio.

En la noche del 4 al 5 de enero de 1387 murió Pedro IV el Ceremonioso. Ese mismo año murió también Federico, *giudice* nominal, sucediéndole su hermano, Mariano V, que tenía alrededor de nueve años.

Fue con Juan I con quien Eleonora negoció la paz para la liberación de Brancaleone Doria, interrumpida por la muerte de Pedro IV.

Brancaleone fue puesto en libertad el 1 de enero de 1390. Al año siguiente Arborea estaba de nuevo en guerra y Brancaleone, con el pequeño Mariano, volvió a tomar, en el verano, Sanluri, Osilo, Sássari e Iglesias.

En 1392 se promulgó la *Carta de Logu* de Arborea. Este documento, que no lleva fecha, comprende las leyes consuetudinarias de derecho civil y penal del *giudicato* (o *logu)* de Arborea, y constituye, en mi opinión, el último acto de gobierno de Eleonora de Bas-Serra, el final de su lugartenencia a favor de su hijo, al menos en el plano jurídico.

Entretanto, el 19 de mayo de 1396 Juan I de Aragón moría a causa de un oscuro accidente de caza, accediendo al trono su hermano, Martín *el Humano,* que desde 1392 se encontraba en Sicilia combatiendo contra los barones rebeldes para poder asegurar (más al homónimo hijo Martín el Joven que a la caduca nuera) un trono tranquilo. *Rex Martinus* —como se firmó en las cartas oficiales del 18 de junio— dejó Sicilia suficientemente pacificada el 1 de diciembre del mismo 1396, para dirigirse a Barcelona haciendo escala en Cagliari, Alghero, Ajaccio, Marsella y Aviñón (subiendo el Ródano), donde prestó vasallaje a Benedicto XIII.

En 1407 murió repentinamente Mariano V, extraño y desconocido monarca que había vivido a la sombra de su madre, primero, y de su padre, después, levantando sospechas sobre su capacidad de obrar.

Al conocer la muerte del joven soberano, los aragoneses residentes en la isla acusaron a Brancaleone Doria de haber mandado asesinar a su hijo para poder ocupar el cargo de *giudice* de Arborea, y provocaron conflictos y discordias en la Cerdeña *giudicale* en provecho de Aragón. Fuese verdad o mentira la aspiración de Brancaleone a convertirse en *giudice,* ésta contravenía absolutamente las reglas sucesorias garantizadas por la *Corona de Logu.*

Extinguida la descendencia de Eleonora tocaba a los herederos de Beatriz de Bas-Serra ceñir la corona de Arborea. Beatriz, tercera hija de Mariano IV, se había casado en 1363 con Amerigo VI, vizconde de Narbona. Murió en 1377, cuando aún no tenía cuarenta años, habiendo dado a luz ocho hijos, de los cuales el mayor fue Guillermo, futuro Guillermo II de Narbona.

Del vizconde de Narbona a Martín el Joven

Guillermo II murió en 1397 dejando un hijo, Guillermo III, y su mujer, Guerina de Beaufort, embarazada de Amerigo (hijo póstumo). La *Corona de Logu* de Arborea, después de 1407, ofreció legítimamente a Guillermo III el cetro *giudicale* y la responsabilidad de la guerra.

Pero transcurrieron muchos meses antes de que el francés se sintiese preparado para trasladarse a Cerdeña y afrontar una situación compleja y difícil, no perfectamente aclarada en las fuentes y en la literatura histórica.

En espera del *giudice de derecho,* el Parlamento *giudicale* nombró en el verano de 1408, para gobernar la nación, a un *giudice de hecho* o *sindicus universitatum Sardiniae.*

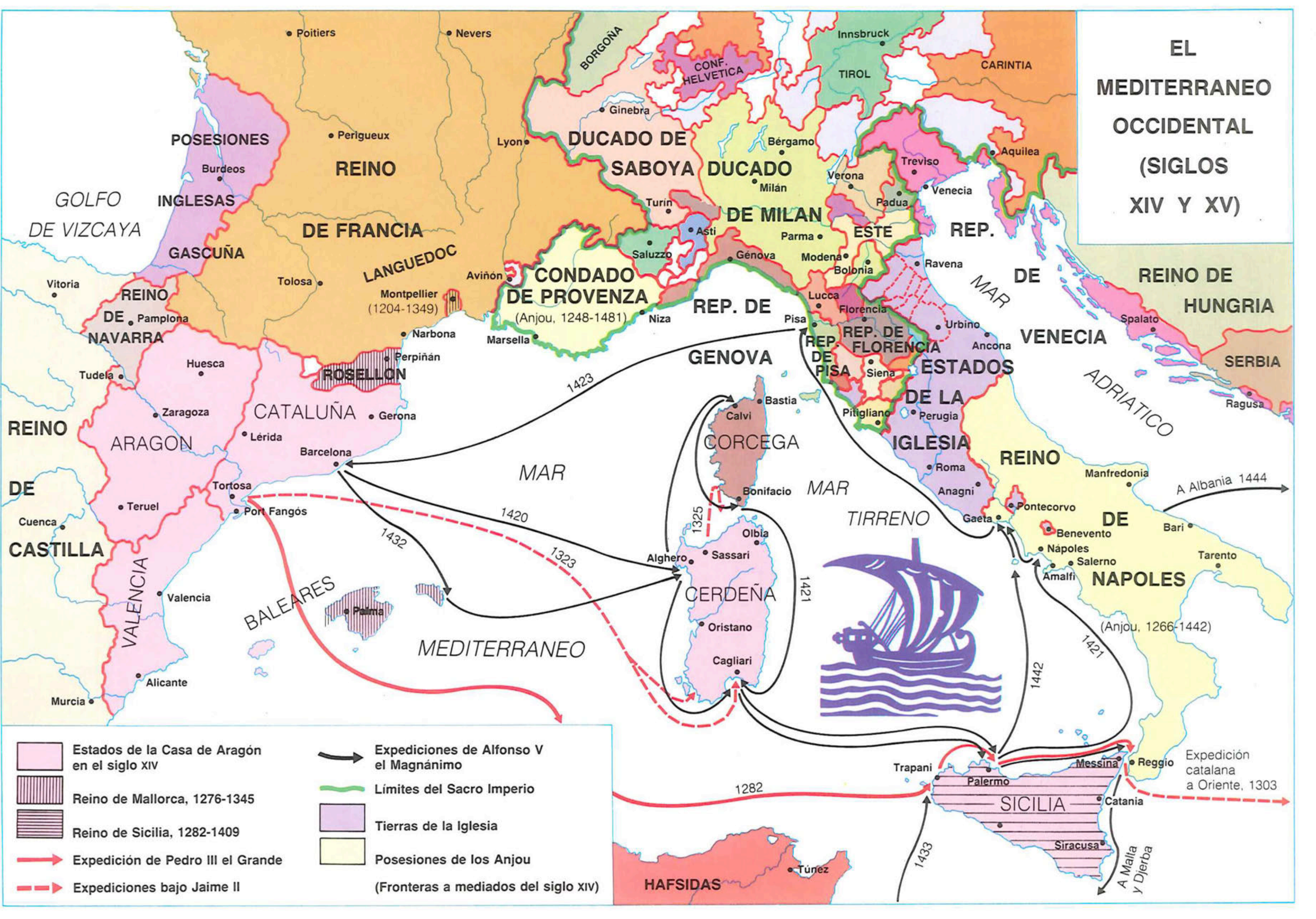
El cargo recayó en Leonardo Cubello, primo segundo de Federico y de Mariano Doria-Bas, por consiguiente tío de Guillermo III de Narbona y el más idóneo, como colateral, para ocupar el cargo de vicario durante el período de sede vacante.

Así las cosas y rotas las treguas, Martín el Viejo ordenó a su hijo homónimo, rey de Sicilia, que entrase en Cerdeña con la armada para resolver el conflicto.

Martín el Joven dejó el gobierno de Sicilia en manos de su segunda mujer, Blanca de Navarra, y el 3 de octubre de 1408 levó anclas en Trapani con 10 galeras.

Alcanzó las aguas del Cabo de Carbonara el día 5, y al día siguiente desembarcó en Cagliari, donde fue inmediatamente informado sobre el acuerdo entre Brancaleone Doria y el vizconde de Narbona y sobre los últimos sucesos de la isla.

El 8 de diciembre desembarcó en el puerto


EL MEDITERRANEO OCCIDENTAL (SIGLOS XIV Y XV)
GOLFO DE VIZCAYA
POSESIONES INGLESAS
GASCUÑA
Burdeos
Poitiers
Nevers
Perigueux
REINO DE FRANCIA
LANGUEDOC
Montpellier (1204-1349)
Tolosa
Lyon
Aviñón
BORGOÑA
CONF. HELVETICA
Ginebra
DUCADO DE SABOYA
Turín
Saluzzo
Asti
DUCADO DE MILAN
Bérgamo
Milán
Verona
Padua
Parma
Modena
Bolonia
ESTE
Innsbruck
TIROL
CARINTIA
Treviso
Venecia
Aquilea
REP. DE VENECIA
MAR ADRIATICO
REINO DE HUNGRIA
Spalato
SERBIA
Ragusa
CONDADO DE PROVENZA (Anjou, 1248-1481)
Marsella
Niza
Génova
REP. DE GENOVA
Lucca
Pisa
REP. DE PISA
Florencia
REP. DE FLORENCIA
Siena
Pitigliano
Ravena
Urbino
Ancona
Perugia
ESTADOS DE LA IGLESIA
Roma
Anagni
Gaeta
Pontecorvo
Benevento
Nápoles
Salerno
Amalfi
REINO DE NAPOLES (Anjou, 1266-1442)
Manfredonia
Bari
Tarento
Reggio
A Albania 1444
Vitoria
REINO DE NAVARRA
Pamplona
Tudela
Huesca
Zaragoza
ARAGON
Teruel
REINO DE CASTILLA
Cuenca
Murcia
VALENCIA
Valencia
Alicante
CATALUÑA
Lérida
Barcelona
Gerona
Tortosa
Port Fangós
ROSELLON
Perpiñán
Narbona
BALEARES
Palma
MAR MEDITERRANEO
CORCEGA
Calvi
Bastia
Bonifacio
CERDEÑA
Olbia
Sassari
Alghero
Oristano
Cagliari
MAR TIRRENO
SICILIA
Trapani
Palermo
Messina
Catania
Siracusa
HAFSIDAS
Túnez
1423
1420
1432
1323
1325
1421
1442
1433
1282
Expedición catalana a Oriente, 1303
A Malta y Djerba
Estados de la Casa de Aragón en el siglo XIV
Reino de Mallorca, 1276-1345
Reino de Sicilia, 1282-1409
Expedición de Pedro III el Grande
Expediciones bajo Jaime II
Expediciones de Alfonso V el Magnánimo
Límites del Sacro Imperio
Tierras de la Iglesia
Posesiones de los Anjou
(Fronteras a mediados del siglo XIV)

de Frigiano, en Castelgenovese, al norte de la isla, el vizconde de Narbona, que enseguida se puso en contacto con el vicario Leonardo Cubello y con los notables de Oristano.

La convivencia entre los sardos y los provenzales recién llegados no fue fácil: el primero en abandonar la alianza fue Brancaleone Doria, que se retiró a su residencia de Castelgenovese, donde invitó al catalán Hugo de Rosanes a discutir un acuerdo independiente con la Corona.

Lo que sucedió allí a fines de año no se sabe con precisión. El hecho es que Doria —según el historiador siciliano Antonio Caldarella— fue apresado por los aragoneses y murio *poco después* en la cárcel. También dice Caldarella que en enero de 1409, *antes de su muerte,* algunas *villas* suyas fueron concedidas en feudo a Rombau de Corbera.

Guillermo III de Narbona fue coronado oficialmente *giudice* de Arborea el 13 de enero de 1409, asumiendo también los títulos de *conde del Goceano* y de *vizconde de Bas,* como sus antecesores.

Guillero procuró llegar a un acuerdo con los catalano-aragoneses, pero todas sus iniciativas diplomáticas chocaron con la postura intransigente de Martín el Joven. Resultaba, pues, cada vez más inevitable el choque frontal.

El lance decisivo de la guerra tuvo lugar en Sanluri, en el amanecer del 30 de junio de 1409. Venció la *Bandera aragonesa* y Sanluri fue tomada por asalto; Guillermo III huyó a Monreal y después a Oristano.

Fue una verdadera derrota para los sardos y una buena noticia para cagliaritanos y barceloneses. El 4 de julio se rindió Iglesias, mal defendida por Juan de Sena.

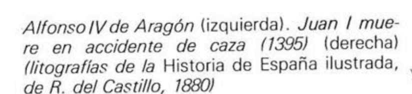
En vista de la crítica situación, Guillermo III decidió abandonar Oristano y Cerdeña para dirigirse, eludiendo el bloqueo naval enemigo, a sus tierras de la Francia meridional en busca de ayuda y soldados.

Mientras, Martín el Joven moría de malaria en Cagliari el 25 de julio, y se le enterraba con todos los honores en la catedral de Castel de Cagliari.

Si bien la muerte de Martín el Joven, último vástago del noble linaje de los condes de Barcelona, provocó un negativo trastorno político-institucional en la Corona, fortaleció en Cerdeña el espíritu nacional de los catalano-aragoneses, isleños y continentales, y reforzó la determinación de conquista total y la represalia de los indígenas rebeldes.

Los ibéricos asaltaron, a principios de 1410, la ciudad de Bosa, que cayó en manos aragonesas después de un corto asedio por las tropas de fray Antonio Ballestrer, lugarteniente de Pedro Torrelles. Más tarde tocó su turno a Oristano, que se rindió inmediatamente sin ni siquiera haber combatido.

El documento de capitulación —al que siguieron otros actos formales— se firmó el 29 de marzo en el convento de San Martín, *extra moenia,* por el *giudice (¿de factu?)* de la ciudad, Leonardo Cubello, y por Pedro Torrelles, lugarte-


Alfonso IV de Aragón (izquierda). *Juan I muere en accidente de caza (1395)* (derecha) *(litografías de la* Historia de España ilustrada, *de R. del Castillo, 1880)*







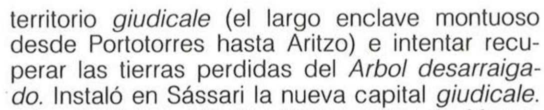
niente general del rey Martín de Aragón en el Reino de Cerdeña y Córcega.

Ese día acabó prácticamente la historia del Estado de Arborea y su original carácter *giudicale,* aunque no la guerra de los sardos nacionalistas, que asumió a partir de ese momento otra fisonomía, más informal y precaria.

Institucionalmente, el *giudicato* de Arborea existían aún, si bien con un soberano en desgracia y un territorio peculiar reducido a algunas zonas septentrionales fuera del confín; es decir, las regiones del antiguo reino de Logudoro ocupadas por los *giudice* de Oristano desde la segunda mitad del siglo XIII.

El final del «giudicato» de Arborea

Tras la muerte de Martín el Viejo, el 13 de mayo de 1410, el legítimo soberano de Arborea, Guillermo III de Narbona-Bas, regresó de Francia a Cerdeña para reorganizar los restos del



territorio *giudicale* (el largo enclave montuoso desde Portotorres hasta Aritzo) e intentar recuperar las tierras perdidas del *Arbol desarraigado.* Instaló en Sássari la nueva capital *giudicale.*

Fernando I de Antequera

Le ayudaban Nicolás Doria, señor de Monteleone en Caputabbas y de Chiaramonti en Algona (era uno de los dos hijos ilegítimos de Brancaleone), y un tal Cassano o Cassano Doria, señor de Castelgenovese y de Casteldoria.

Guillermo III de Narbona, en la noche del 5 al 6 de mayo de 1412, intentó asaltar la villa fortificada de Alghero y poco le faltó para conseguirlo.

Pero el 28 de junio de 1412 en Caspe tuvo lugar la elección de Fernando I de Antequera, perteneciente a la familia de los Trastámara, que inauguraba el nuevo rumbo castellano de la Corona de Aragón, destinado a culminar, como ya sabemos, con la unión personal de los Reyes Católicos en 1469-79.

El nuevo soberano invitó a España a Guillermo III de Narbona-Bas para llegar a un acuerdo sobre Cerdeña. A principios del 1414, Guillermo III dejó en Sássari a su hermano menor en calidad de *giudice de hecho* y, asistido por el tutor Pedro Raimondo de Montbrun, señor de Maurellas, se dirigió a Zaragoza, donde se encontraba Fernando.

El 25 de mayo se pusieron de acuerdo: el vizconde devolvería a la Corona todas las tierras ocupadas por los Arborea (es decir, la entonces parte física *giudicale* desde Torres hasta Sássari, Macomer y Belví) a cambio de 153.000 florines de oro de Aragón (después reducidos a 100.000). También renunciaría a los derechos dinásticos sobre el antiguo *giudicato* del valle de Tirso (desaparecido de hecho desde hacía cuatro años, justamente desde el 29 de marzo de 1410).

Por desgracia, Fernando I de Antequera murió el 2 de abril de 1416 sin llegar a firmar el tratado. Lo concluyó su hijo primogénito Alfonso V el Magnánimo, destinado a llevar a la Corona a su máxima extensión territorial, con la adquisición de los *giudicali* sardos y la toma de Nápoles en 1442.

Después de muchas peripecias y complicaciones, el epílogo de la gran aventura sarda se produjo en Alghero el 17 de agosto de 1420 y, como todas las cosas que conciernen a Cerdeña, sucedió tácitamente, sin estrépito ni clamores.

Ese día se firmó el protocolo por el que Alfonso de Aragón y Pedro de Pomayrol, procurador del vizconde de Narbona, juraban respetar mutuamente los pactos por los cuales se habían pagado 100.000 florines de oro de Aragón, los derechos sobre el ex reino de Arborea y la devolución de la ciudad de Sássari y de todos los territorios regnícolas, *ultra* y *extra giudicali,* retenidos por Guillermo III en Cerdeña a la Corona.

Con la isla controlada, el *Regnum Sardinaiae et Corsicae* alcanzaba su definitiva expresión histórica.

Nápoles

Por Alfonso Leone
Universidad de Nápoles

LA anexión del Reino Unido de Nápoles a la Corona de Aragón se produjo tras veinte años de inciertos acontecimientos. En 1421 la reina Juana II había adoptado y nombrado heredero del trono a Alfonso V el Magnánimo, primogénito y sucesor de Fernando de Antequera. La adopción, sin embargo, la transfirió posteriormente a Luis III de Anjou. La ruinosa guerra que enfrentó a ambos pretendientes, llevada a cabo por los mercenarios de Braccio de Montone y de Muzio Attendolo Sforza, se cerró en tablas.

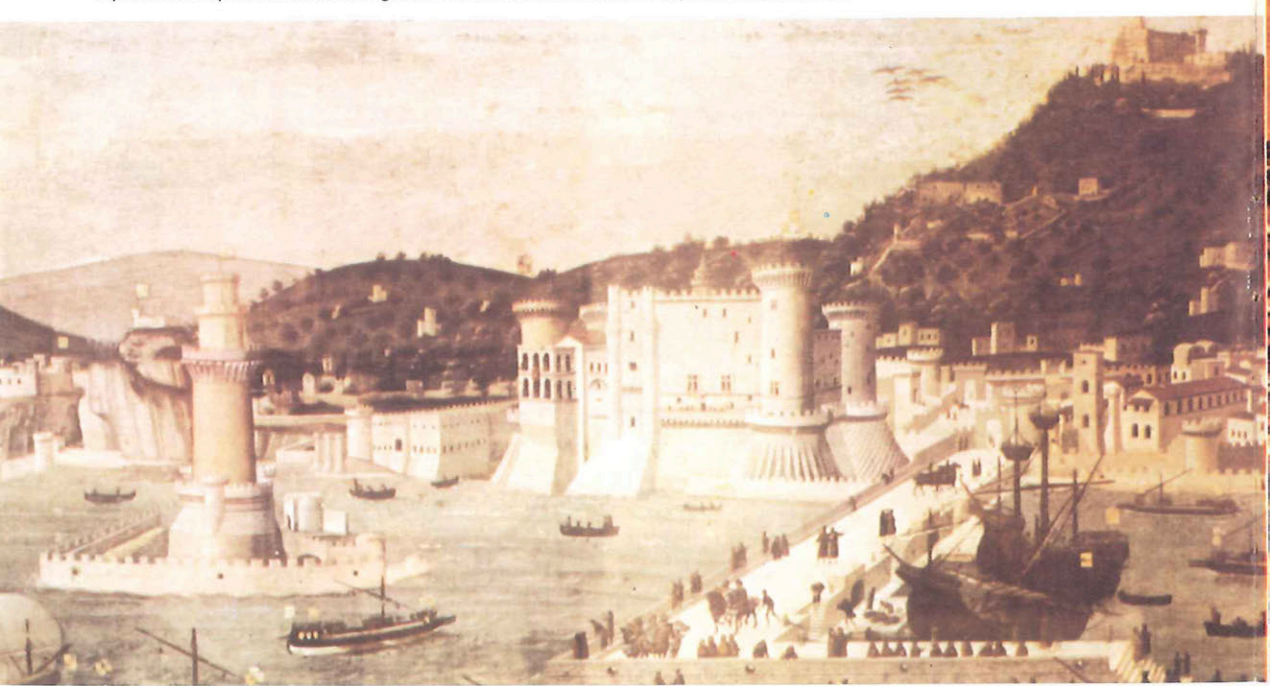
A la muerte de Juana, en 1435, trató de adueñarse del reino Isabel de Lorena. Su marido, Renato, era hermano de Luis III, muerto el año anterior. Las operaciones militares, en las que tomaron parte también Milán y Génova, fueron favorables a los Anjou. En efecto, una flota genovesa, que el almirante Biagio Assereto conducía en ayuda de Gaeta, asediada por los aragoneses, logró vencer en la batalla de Ponza el 5 de agosto, haciendo prisionero al propio rey Alfonso. El Magnánimo fue conducido a Milán ante Filippo Maria Visconti. Pero éste, quizá temeroso de la presencia francesa en el Mezzogiorno, prefirió librarlo y pactar con él. Los acontecimientos políticos italianos tendrían después mucho que ver con esta conquista.

Visconti, en efecto, tuvo que hacer frente a una poderosa alianza antimilanesa y, más tarde, tras la batalla de Anghiari y la deserción del condottiero Francesco Sforza (a quien llegó a ofrecer la mano de su hija Bianca María y la sucesión en el ducado), obtuvo la paz de Cremona en 1441, en la que, entre otras cosas, se reconocía el dominio aragonés sobre el reino. De esta forma, Alfonso puso asedio a Nápoles con nuevos bríos hasta conseguir entrar triunfalmente el 26 de febrero de 1443.

La empresa del Magnánimo, esculpida en el arco de mármol de Castelnuevo, no zanjó, sin embargo, la cuestión de los Anjou, que volvió a salir a la luz nuevamente en 1458 con las pretensiones de Juan de Anjou, a quien Ferrante I, hijo natural y sucesor de Alfonso en el reino autónomo, derrotó en 1452 en Troia. Todavía más tarde, ya en el último decenio del siglo, los derechos de los Anjou fueron nuevamente reivindicados por el propio rey de Francia. En 1494, en efecto, bajó hasta Italia Carlos VIII, invadiendo el reino que inútilmente trató de defender el joven Ferrante II (su padre, Alfonso II, había abdicado pocos meses después de su coronación). La actitud hostil de los señores italianos —que se le enfrentarían en Emilia, en Fornovo, el 6 de julio del siguiente año— obligó al soberano francés a regresar a su patria.

Los intentos franceses resurgieron años más tarde de manos de Luis XII de Orleans, primo de Carlos VIII, quien se aseguró el apoyo incluso del rey de Castilla y Aragón, Fernando el Católico. De esta forma hacían su entrada en Nápoles —abandonada por el último rey Federi-

El puerto de Nápoles a finales del siglo XV (Tavola Strozzi, *Museo de Capodimonte, Nápoles)*





co, tío paterno de Ferrante II, muerto prematuramente— las tropas francesas del general D'Aubigny. Los dos soberanos europeos no llegaron a un acuerdo, sin embargo, en el reparto del reino. De esta forma los franceses fueron echados de la ciudad el 14 de mayo de 1503 por Gonzalo de Córdoba, que tomó posesión del reino en nombre del rey de España.

Una historia «mediterránea»

La época del Magnánimo y de sus sucesores constituye en la historia económica y social del Mezzogiorno de Italia un período de singular importancia y esplendor. Los reyes aragoneses, ante todo, se encargaron del reordenamiento y modernización del aparato estatal. Se sirvieron para ello, especialmente en la burocracia central, de numerosos funcionarios catalanes, y al propio tiempo frenaron a la poderosa e inquieta nobleza feudal.

En 1485 incluso, cuando tuvo lugar la famosa Conjura de los Barones, a la que se adhirieron eminentes personajes de la Corte, como Francesco Coppola, conde de Sarno, y el secretario del rey Antonello Petrucci, Ferrante el Viejo supo reaccionar con gran energía. Los soberanos dedicaron especial atención a la capital, que conoció un notable incremento de población, y se convirtió en una ciudad poderosa y opulenta, tal y como todavía puede admirarse en la célebre pintura de Tavola Strozzi, conservada en el Museo de Capodimonte.

Alfonso no sólo hizo reconstruir Castelnuovo, sino que amplió la fortaleza, mejoró el arsenal, restauró los acueductos, rehízo las calles y eliminó las zonas pantanosas de los extrarradios. Ferrante alargó las murallas, reconstruyó el lado oriental de las mismas, desde el Carmen hasta Puerta San Genaro, y las reforzó con veintidós torres circulares además de Castelcapuano. Federico, finalmente, completó el trazado de Puerta Real (la actual plaza de Jesús) hasta el castillo.

La monarquía, por otra parte, se encargaba de promover una intensa vida cultural, cuya principal figura fue el humanista Giovanni Pontano. El primer rey aragonés fundó la Academia Alfonsina (llamada más tarde Pontaniana), y su hijo creó una cátedra de griego que confió a Constantino Lascaris. Eso sin contar la riquísima biblioteca de la Corte, a la que fueron llamados a colaborar numerosos expertos amanuenses de todos los rincones de Italia.

Pero el hecho que conforma la característica esencial y más significativa del período aragonés es la inserción del reino, con dimensión precisa, en la estructura económica y financiera de los mercados internacionales. Nápoles —auténtico polo unificador del Mezzogiorno— se convirtió desde entonces en el centro neurálgico de una amplísima zona que unía todo el área meridional con la italiana y las europeas. De esta situación geográfica y económica de corazón del Mediterráneo se beneficiarán igualmente los recursos y la vitalidad del propio país.

El Magnánimo facilitó conscientemente la integración de la economía napolitana en el panorama de sus dominios, teniendo siempre en cuenta una estrecha relación de complementariedad

El Mediterráneo en el siglo XIII (mapa francés bajomedieval)

entre la producción agrícola de las provincias y las exigencias internas del comercio y de la industria catalano-aragonesa, potenciando, consiguientemente, el papel equilibrador de la región en la balanza de los pagos con el Levante.

Comercio y finanzas

En Nápoles se estableció un importante número de mercaderes catalanes —Campredon, Viñes, Vidal, Benet, Martí, Agostí, Avella, Besalú, Villagut, Toralles, Pericoles, Garriga, Puig, Porta, Sabater, Serra, Salvador, etcétera— que operaba en los más diversos sectores, desde el transporte marítimo a la importación de la sal, los productos metalúrgicos y, sobre todo, los paños y los cereales, así como al pequeño préstamo.

El reino, por otra parte, se fue abriendo no sólo a esta intensa penetración comercial catalana y, paralelamente, florentina, veneciana y genovesa, sino sobre todo al establecimiento de la gran banca toscana, que poco a poco fue haciéndose con el control financiero y la dirección de los negocios en la capital. Las filiales de las bancas florentinas (Medici, Strozzi, Pandolfini, Gondi) y sienesas (Spannocchi), incluso, introdujeron el mercado napolitano en el circuito de los créditos y deudas internacionales —del cual se alimentaba en realidad toda la expansión comercial del Quattrocento—, así como en una amplia red de relaciones cambiarias, cuyos ejes eran la misma Florencia, Barcelona, Valencia, Londres, Aviñón y Lyon, Venecia, Palermo y Rodas.

Los catalanes, como hemos dicho, utilizaban el saldo positivo de sus negocios en el reino para cubrir el déficit con el Levante; sirviéndose de los bancos toscanos, distribuidos por todos los lugares estratégicos, lograban hacer llegar una parte a Aviñón para satisfacer las solicitudes de fondos y créditos que llegaban a Barcelona a causa de las actividades mantenidas en las regiones meridionales de Francia. Todavía más: los grandes convoyes de lanas inglesas que provenientes de Southampton llegaban a Porto Pisano, Piombino y Tamalone muy frecuentemente se servían, para los necesarios seguros marítimos, de los empeños que los banqueros florentinos recogían en Nápoles de un abundante número de coaseguradores catalanes, quienes, de esta forma, podían conseguir un mayor beneficio en sus actividades mercantiles.

Particularmente significativa de la complejidad de las interdependencias financieras del sistema bancario toscano es la relación entre Nápoles, Sicilia y Valencia. En efecto, mientras esta última se encontraba en déficit con las ciudades italianas (Florencia, Roma, Génova), lo mismo sucedía a Nápoles, como consecuencia de las remesas de valores efectuados por florentinos (como Leonardo Ridolfi) y catalanes (como Lope de Sant Martín) hacia Palermo y Mesina. A través de una compleja dirección de movimientos cambiarios se conseguía cargar los pasivos de Valencia primero sobre Nápoles y desde aquí a Palermo, donde algunos banqueros pisanos (Ajutamicristo, Alliata, Vernagallo) se encargaban de las compensaciones, permutando el saldo en crédito para operar en Valencia por parte de sus paisanos y familiares.

También en la costa adriática eran operadores florentinos los encargados de la inclusión del Mezzogiorno en las redes del tráfico internacional. Sus filiales en Venecia, en efecto, se hacían cargo de la extracción de enormes cantidades de grano y aceite de Puglia por parte de los mayoristas venecianos, dirigiendo hacia Nápoles y Trani las financiaciones que para ello tenían que conseguir de los Fugger, Fell, Hofius, Mols y otras firmas alemanas y flamencas. En otras palabras, los réditos del comercio de cereales y agricultura de Puglia revertían sobre Venecia, que al mismo tiempo era la fuente de donde procedían los capitales encargados de revitalizar la actividad de la región.

En definitiva, esta integración del mundo napolitano en el amplio marco mediterráneo se debe, sin duda, a la vitalidad y esplendor del Nápoles aragonés, así como a las mismas ambigüedades y contradicciones de la época. El papel dinamizador de los forasteros, especialmente de los florentinos, fue reconocido en 1494 por el propio Alfonso II.

Precaria prosperidad

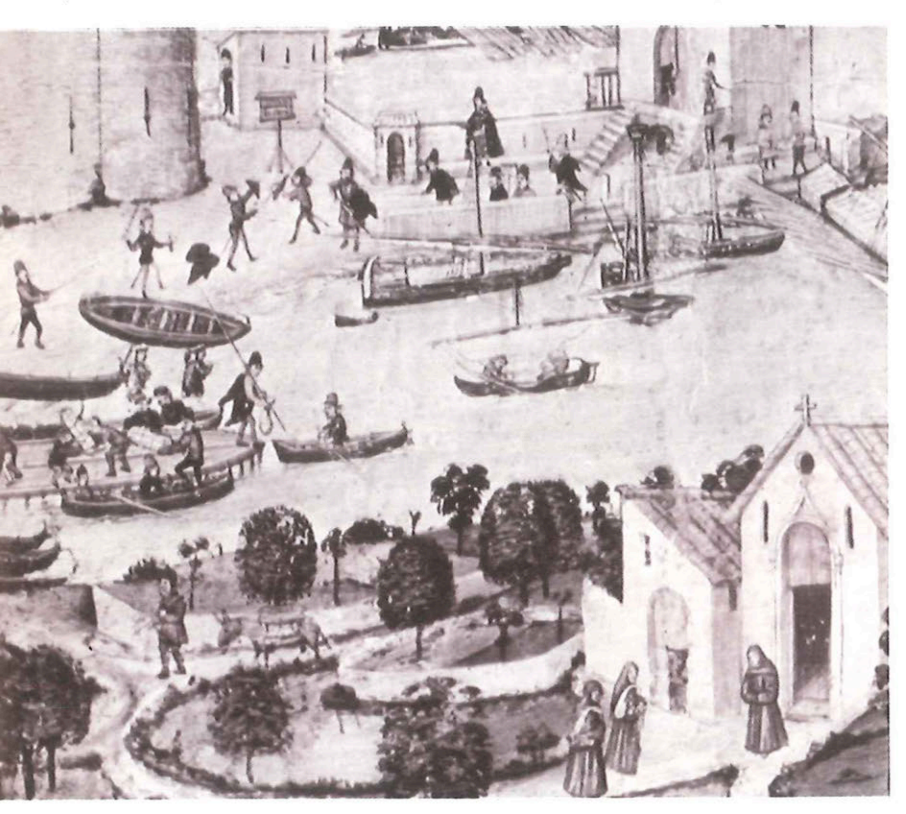
Como resultado del cuadro económico general, así como por la presencia de los mercaderes, la ciudad se convirtió en una auténtica metrópolis mediterránea, llena de incentivos. Se potenció, por ejemplo, la manufactura de la seda y de la lana, protegida por los soberanos; floreció asimismo una sofisticada orfebrería (con Guido d'Antonio, Francí Pérez, Armante de Toledo).

Mientras tanto, la vida ciudadana se caracterizó por las crecientes importaciones de bienes suntuarios —telas preciosas, perlas orientales...—, por la moda refinada, por los ingentes gastos de la Corte y de la aristocracia meridional. Las ceremonias, fiestas y acontecimientos sociales provocaron la admiración de huéspedes y visitantes. Los esponsales de Leonor de Aragón con el duque de Ferrara, de su hermana Beatriz con el rey de Hungría, de la duquesa de Calabria Hipólita María Sforza, fueron acontecimientos auténticamente inolvidables. Los de Camila de Aragón fueron descritos en su momento como *un banquete de Jerjes*.

No faltan tampoco los síntomas de debilidad económica. Como se ha puesto de relieve en un reciente ensayo sobre *Banqueros y joyeros en la Corte aragonesa de Nápoles,* los principales nobles del reino —Pirro de Balzo, duque de Venosa, Pedro de Guevara, Honorato Gaetani,

conde Fondi, el gran almirante Antonello Sanseverino —y hasta la misma Corona se encontraron a menudo en la necesidad de empeñar sus joyas y objetos de valor como garantía para hacer frente a los grandes gastos. No cabe duda de que el despilfarro acentuaba la dependencia económica de la sociedad napolitana a manos de los hombres de negocio forasteros, que se ponía especialmente en evidencia cuando los señores cedían anticipadamente, a un precio reducido, la producción de sus tierras y la Corte ampliaba las exenciones fiscales para hacer frente a los numerosos compromisos adquiridos.

La situación era sumamente contradictoria, ya que el comercio con el exterior se encontraba totalmente en manos de catalanes, florentinos, venecianos y genoveses. De esta forma se creaba un mecanismo por el cual el comercio —¡él mismo producto de la importación!— potenciaba actividades y aportaba beneficios, pero provocaba simultáneamente una clara dependencia económica, con el consiguiente anormal desarrollo que se prolongaría durante mucho tiempo.



Un puerto del Mediterráneo (detalle del retablo de San Jorge, *de Pere Niçard, siglo XV, Palma de Mallorca)*

La columna vertebral de la balanza comercial estaba constituida por la exportación, especialmente desde los puertos pullieses y calabreses, así como por la introducción de manufacturas y tejidos de todo tipo y origen: lana, seda, algodón... Ahora bien, los que disponían de sumas para invertir en las especulaciones y en los instrumentos operativos eran justamente los mercaderes forasteros, que controlaban tanto el tráfico de entrada como de salida, con una clara tendencia a la importación.

El país

De esta forma se crea, en último término, una clara dependencia de la misma riqueza agrícola a la esfera del comercio extranjero. En otras palabras, la clase terrateniente, al tiempo que se limitaba a conseguir un precio a veces reducido de los productos de sus latifundios, se erigía para el mercader en un óptimo cliente que adquiría costosos artículos de lujo y que constantemente tenía urgencia de anticipos de dinero para mantener un ritmo de vida suntuoso.

Este mecanismo hacía imposible la formación de una clase media local dedicada a los negocios. Cualquier iniciativa de la monarquía de promover el comercio y estimular las iniciativas locales no conducía, a la postre, sino a nuevos salvoconductos, privilegios y exenciones de las que se beneficiaban las actividades de los elementos externos. Existía un cierto número de personas ocupadas, en respuesta a las cotidianas exigencias de la población, en el trabajo de reunión y distribución de las mercancías. Pero éstas, carentes de una base financiera sólida, eran incapaces de insertarse en unos niveles superiores de intercambios. Coexistían, por tanto, encadenados entre sí, dos niveles bien diferentes de vida comercial, el segundo de ellos, es evidente, con radio de acción reducido y de características auxiliares.

Un ejemplo puede ratificar esto. Es el caso de Amalfi, cuyos pequeños barcos practicaban el transporte naval a lo largo de la costa tirrénica, pero que eran excluidos sistemáticamente de los filones comerciales más ambiciosos y productivos. Resulta significativa a este respecto la experiencia de algunas familias de Cava dei Tirreni, cerca de



El monarca aragonés recibe a los jefes almogávares antes de su partida hacia el Mediterráneo oriental

Salerno, y de los judíos de Cosenza y de Regio. Estos habían comenzado a dirigir la seda calabresa hacia la importante feria de otoño de Salerno, y desde aquí a Nápoles. Poco a poco, sin embargo, se vieron desplazados del sector por la sistemática penetración de los exportadores florentinos, con muchas más disponibilidades de capital, quienes se dedicaron a recoger la seda en las zonas de producción para enviarla directamente a Florencia, Génova y Lyon.

Ni siquiera las manufacturas lograron desarrollarse, pese a los impulsos de Ferrante, que trataba de esta forma de reducir las importaciones textiles. El artesanado de Cava, especializado en telares, sin los recursos oportunos, fue incapaz de superar el estadio familiar, basado en el trabajo de menores y en el uso del aprendizaje, que contemplaba como única remuneración la comida y el alojamiento. Siempre en la Campania, en la zona de Giffoni, se llegó a instalar un importante centro de elaboración de paños a través del trabajo doméstico de sus habitantes.



Todo ello sirvió para poner de relieve nuevamente el círculo vicioso que ahogaba todas las posibilidades, ya que el centro no podía mantenerse sin la aportación de capital de un hombre de negocios sienés.

Las dificultades eran iguales también para las zonas del interior y los ambientes rurales. A mitad del Quattrocento el paisaje agrario había alcanzado un notable nivel de desarrollo, al tiempo que conseguía un potencial productivo importantísimo. Pero la carencia de medios financieros autónomos limitaba notablemente toda capacidad, lo que hacía que la sociedad rural se resintiese de la ausencia de un grupo de operadores locales con capital para la inversión y la promoción que ello hubiese significado. Todo ello hacía que en algunas zonas del Cilento la tierra siguiese representando todavía la única forma de riqueza y se utilizase, incluso paradójicamente, como forma de pago.

En resumen, el período aragonés favoreció notablemente la adhesión del Mezzogiorno a la realidad económica del Mediterráneo, adhesión destinada a consolidarse a lo largo de los siglos siguientes. Pero la posición central en el sistema mediterráneo, asumida por Nápoles durante los años del Magnánimo, fue, sin embargo, de escasa duración. Y ello no tanto por la consolidación del Imperio español y de su expansión atlántica cuanto por la naturaleza misma de la economía meridional, sustancialmente agrícola y carente del soporte social necesario para el desarrollo en el sentido moderno y capitalista, lo que la situaba como presa de la conquista mercantil por parte de las naciones más avanzadas. Conquista que fue, en ciertos aspectos, provechosa y en otros sumamente gravosa.

Bibliografía

Abadal, R. de, *Pedro el Ceremonioso y los comienzos de la decadencia política de Cataluña,* en tomo XIV de *Historia de España,* Madrid, Espasa-Calpe, 1966. Balcells, A. (coord.), *Història dels Països Catalans,* Barcelona, Edhasa, 1980. Cabestany, J. F., *Expansió catalana per la Mediterrània,* Barcelona, Bruguera, 1967. García de Cortázar, J. A., *La época medieval,* Madrid, Alianza, 1974. Hearder, H., y Waley, D. F., *Breve historia de Italia,* Madrid, Espasa-Calpe, 1966. Heurtley, W. A., y otros, *Breve historia de Grecia,* Madrid, Espasa-Calpe, 1969. Lalinde Abadía, J., *La Corona de Aragón en el Mediterráneo medieval,* Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 1979. Lutrell, A., *La Corona de Aragón y la Grecia catalana,* en Anuario de Estudios Medievales, n.º 6, Barcelona, 1969. Maluquer de Motes, J., y otros, *Història de Catalunya* (cinco vols.), Barcelona, Salvat, 1979. Moreno, J. M., *Los almogávares,* Plaza Janés, 1972. Muntaner, R., *Crónica,* con introducción de Joan Fuster, Madrid, Alianza, 1970. Reglá, J., *Historia de Cataluña,* Madrid, Alianza, 1974. Runciman, S., *Vísperas sicilianas,* Madrid, Alianza, 1979. Soldevila, F., y Valls y Taberner, F., *Historia de Cataluña,* Madrid, Alianza, 1982.



Roger de Lauria apresa a Carlos el Cojo, *hijo de Carlos de Anjou, según miniatura de la* Crónica de Villani (Biblioteca Vaticana)

Catalanes en Grecia

Por Isabel Rivero González
Profesora de Historia Medieval

NO existen datos concretos sobre la primitiva formación del grupo almogávar. Etimológicamente la palabra proviene del árabe al-mugawir *(conjunto de personas que realizan incursiones en territorio enemigo); en general, los musulmanes dieron esta denominación a los grupos de soldados fronterizos protagonizadores de algaras desde diferentes zonas y reinos peninsulares, ya fuesen, principalmente, aragoneses-catalanes o astur-leoneses-castellanos. Sin embargo, donde comienzan a jugar un papel más destacado es en el reino de Aragón, aunque no se conoce el momento exacto de su implantación ni las acciones organizadas debido a su escaso número.*

Los primitivos almogávares aragoneses y catalanes vivían en lugares alejados de las ciudades, generalmente en zonas montañosas, lo que les determina desde su origen a tener un conocimiento perfecto del terreno circundante que les permitirá realizar ataques por sorpresa, en campo abierto, sobre poblaciones musulmanas establecidas en los valles, con el objeto de obtener botín para su subsistencia.

Este grupo humano vive por y para la guerra, actúa al principio siguiendo las directrices de un caudillo elegido entre ellos, aunque mientras permanezcan en la Península no constituirán un ejército profesional, porque su estratificación en grados de infantería, a pesar de ser la preponderante en toda la baja edad media, aparece reducida a tres: el adalid (del árabe *al-dalid*, guía), jefe máximo; los almocádenes (*al-muqadam*, jefe), responsables del funcionamiento de la hueste e integrantes del Consejo, organismo decisorio sobre los problemas de diversos tipos que pudiesen plantearse, y los almogávares propiamente dichos, constituyen la base de los soldados de la organización.

Los almogávares comienzan a ser conocidos cuando colaboran con Jaime I (1213-1276), como tropas fronterizas, en las empresas de ampliación territorial catalano-aragonesa hacia el sur, durante la conquista del reino de Valencia (1232-1245); debido a su modo de vida en montañas y bosques no intervienen en la repoblación de los espacios ocupados, pero se les permite apoderarse de riquezas pertenecientes a musulmanes, motivo por el cual la compañía almogávar acrecienta el número de sus integrantes, participando activamente junto a nobles, caballeros y maestres de las órdenes militares del Temple y del Hospital, en la expedición de cruzados hacia San Juan de Acre.

Algunos años más tarde (1282) prestan ayuda (entre 12.000 y 15.000 soldados) a los caballeros aragoneses y catalanes que con Pedro el Grande (1276-1285) preparan una expedición militar hacia el reino de Túnez, donde una embajada siciliana ofrece la corona de la isla —en lucha con el napolitano Carlos de Anjou— a Pedro; se trasladan a Sicilia y expulsan a los angevinos de Messina; la Compañía obtiene permiso para asaltar las costas de la

región de Calabria, apoderándose de cuantiosas riquezas. Mientras el monarca aragonés organiza el gobierno siciliano nombrando reina a su esposa, Constanza de Sicilia, el papa Martín IV decreta la excomunión de Pedro (por haber ocupado tierras pertenecientes a la Santa Sede y cedidas por ésta a la casa de Anjou), la desvinculación de sus vasallos del juramento de fidelidad y la cesión de los reinos de Aragón, Cataluña y Valencia a Carlos de Valois, quien inicia la ocupación de Gerona; la flota catalana regresa con los caballeros y almogávares, obligando a capitular a los francos (1285); en la retirada pirenaica sufrirán sucesivos ataques incontrolados en busca de botín.

Es con esta primera intervención en Sicilia y Gerona donde el grupo de almogávares, incrementado constantemente, comienza a consolidarse como ejército temible que no tardará en convertirse en cuerpo de mercenarios a sueldo. A la corona catalano-aragonesa, que ha dado por finalizada su conquista peninsular, no interesará mantener unos soldados aventureros cuyo fin primordial es el enriquecimiento; evidentemente constituyen un peligro latente que se trasladará a Sicilia.

Ideología y organización

Los almogávares mantienen desde su origen hasta que se adueñan del ducado de Atenas (1311) un pensamiento exclusivo basado en la política de destrucción de hombres y territorios y en la acumulación de bienes procedentes de los combates y saqueos; la ideología guerrera les llevará a anteponer el botín y su consiguiente reparto a cualquier otra acción. Se establecen en núcleos alejados de las ciudades populosas, primero en Sicilia y más tarde en el imperio bizantino, en espera de ser empleados como soldados a sueldo por algún rey o señor necesitado de los servicios de una hueste preparada para aniquilar al contrario mediante ataques sorpresa, rapidez en desplazamientos y óptima utilización de armas cortas ofensivas.

En su organización interna se regían por normas elaboradas por el Consejo, elegido entre los almocádenes, que todos los integrantes deberían cumplir; todos prestaban juramento de fidelidad el jefe de la hueste. Antes de emprender una campaña se deliberaba sobre la forma de llevarla a término, sobre el papel a desempeñar por la caballería e infantería en caso de ir unidas o formando dos cuerpos de ejército, sobre las posibilidades de un doble ataque por tierra y por mar, sobre el reparto desigual del botín a obtener (por orden de prioridad, la mayor parte de la cantidad destinada correspondería al jefe supremo y algo menos a los jefes responsables del buen funcionamiento del grupo; los terceros en elegir serían los almogávares y, los últimos, los aventureros incorporados tardíamente —griegos, turcos, turcoples—, a quienes destinaban la mitad que a los anteriores). El sueldo también será distinto y decreciente en el mismo orden del reparto (jefe, capitanes, soldados de caballería pesada, soldados de caballería ligera, infantería y gentes unidas al grupo). Otro medio de obtener dinero fue la venta de cautivos.

Se distinguen varias etapas diferentes en la actuación de la Compañía: 1.ª) La de formación, apoyando a la monarquía catalano-aragonesa en la ampliación territorial sobre los musulmanes o en la realizada a través del mediterráneo; 2.ª) La de mercenarios a sueldo a favor de Sicilia y, sobre todo, del imperio bizantino; 3.ª) La de ejército conquistador en Bizancio, y 4.ª) La de su conversión en señores habitantes de ciudades griegas. La primera ya ha sido analizada.

Forman parte de las compañías grupos de estratificación social diferente, unidos por la idea común de obtener ganancias. Algunos ricoshombres del reino de Aragón (Berenguer de Entenza, Blasco de Alagón, Moncada), cuya riqueza en la Península se basaba en las rentas agrícolas y jurisdiccionales, hallan una mayor compensación económica en la empresa siciliana y bizantina porque ocupan puestos dirigentes de capitanes generales, lugartenientes, o adquieren el título de megaduque concedido por Andrónico.

Algunos caballeros catalanes y aragoneses, pertenecientes a la baja nobleza, aprovechan la oportunidad ofrecida por la corona para buscar fortuna en tierras lejanas (Ramón Muntaner, hidalgo del Ampurdán y cronista de la Compañía). Generalmente los mercaderes catalanes ni participaron ni invirtieron capital en estas empresas de piratería.

La gran mayoría almogávar procedía de campesinos que abandonaban, legal o ilegalmente, las tierras del señor, de los mercaderes arruinados y, sobre todo, de las masas de población ínfimas, mendigos, vagabundos, aventureros catalanes, aragoneses, sicilianos y bizantinos, a los que hay que unir innumerables alanos, turcos y turcoples; todos ven en la Compañía el único medio de acrecentar sus bienes personales.

Perseguido por el Temple

Cuando Jaime II es nombrado rey de Aragón-Cataluña-Valencia (1291-1327) no renuncia a la isla de Sicilia al dejar en ella, como gobernador, a su hermano Federico. El interés del monarca no va a radicar en mantener posesiones territoriales extrapeninsulares, sino en la capacidad de implantar un comercio catalán mediterráneo; el medio de conseguirlo será la firma del pacto de Anagni (1295) con el pontificado y la casa de Anjou, que trae

como consecuencia la anulación del decreto de excomunión sobre la corona aragonesa, la pérdida de los derechos de conquista franceses en Cataluña y Aragón eliminando las posibilidades de invasión y, fundamentalmente, la devolución de Sicilia a la Santa Sede y a los Anjou. El pacto, no admitido por los sicilianos, da lugar a la declaración de guerra aragonesa, romana, napolitana y francesa contra Federico de Sicilia (proclamado rey en 1296). Los almogávares protagonizan la resistencia siciliana, vencida en los primeros momentos debido a la superioridad de la escuadra catalana dirigida por Roger de Lauria —batalla de Cabo Orlando, 1299—, pero vencedora —paz de Caltabellota, 1302— desde que Roger de Flor aparece dirigiéndola, iniciándose con él la nueva etapa de los almogávares convertidos en mercenarios a sueldo.

Roger de Flor, como caballero de la orden del Temple, participó en la defensa de la última posesión cristiana de San Juan de Acre (1291), pero será expulsado de la orden por haber sustraído considerables riquezas. Perseguido por los templarios y la iglesia, se ofrece a Federico de Sicilia, enfrentado a Roma y Aragón y necesitado de cualquier tipo de ayuda. Los conocimientos náuticos y militares de Roger de Flor permitieron a Sicilia contrarrestar el empuje de la flota catalana deshaciendo el bloqueo sobre la isla. Este primer éxito pone en contacto al italiano de procedencia germánica (su padre había sido halconero alemán a las órdenes, primero, de Fadrique de Sicilia y, posteriormente, de Conradino de Suabia), con nobles y capitanes aragoneses (Berenguer de Entenza, Blasco de Alagón) y con los soldados catalanes y aragoneses establecidos en Sicilia para defender en el trono a Federico; éste le nombra vicealmirante de la isla.

El tratado de Caltabellota supone el reconocimiento vitalicio de la soberanía de Federico y la pacificación con Nápoles y la Santa Sede: de nuevo aparece el problema, para Roger, de ser detenido y entregado a los templarios; a esto hay que unir la pobreza en medios económicos de la isla y la imposibilidad almogávar de vivir sin efectuar actos de saqueo; por ello, ambas partes deciden buscar lugares más adecuados donde establecerse. Los capitanes catalano-aragoneses nombraron caudillo por unanimidad a Roger de Flor

El nuevo jefe propuso efectuar una expedición al imperio bizantino, en grave situación por el fortalecimiento del dominio comercial veneciano y genovés y por la presión que ejercen sobre él los servios desde el norte y los turcos otomanos desde el este. Se trasladan a Oriente Roger de Flor, varios capitanes de procedencia aragonesa-catalana, entre los que destacan el noble aragonés Fernando Jiménez de Arenós, Corberán de Alet, Fernando de Ahones, Pedro de Arós y el cronista Ramón



Jaime I el Conquistador (por Agapito Vallmitjana, destinada a la plaza de la Aduana de Valencia, 1886)

Muntaner y, aproximadamente, 4.000 soldados de infantería y 1.000 de caballería; algo más tarde se les unen el rico-hombre ampurdanés Bernardo de Rocafort, con 1.200 soldados de infantería y 200 de caballería, y el noble aragonés Berenguer de Entenza, con 1.000 y 300, respectivamente.

El emperador Andrónico II (1282-1328) concede a Roger el título de megaduque y a los mercenarios almogávares salarios elevados (noviembre, 1302). Consiguen reforzar el ejército con la ayuda de otros contingentes mercenarios dependientes del emperador (alanos y pequeño ejército griego). La mayoría pasan el invierno en la isla de Chíos; en la primavera siguiente (1303) ocupan a los turcos las provincias próximas al litoral de Filadelfia, Tiria, Efeso. Reciben la incorporación de Rocafort, con el correspondiente incremento de soldados; por este motivo, Roger, manteniendo el nombramiento de megaduque y de jefe máximo, dirigirá la caballería y nombrará senescal de la infantería a Rocafort.

En la campaña de 1304 parten de Efeso y Esmirna, atraviesan la región de Caria, aniquilan a los turcos en los montes Tauro y, sin apenas encontrar resitencia, llegan hasta el reino cristiano de la Pequeña Armenia; a su regreso la Compañía sale de Esmirna, saquea las islas de Chíos y Lesbos, pasa los Dardanelos para invernar en la península de Gallípoli —costa europea del mar de Mármara.

Roger de Flor se traslada a la Constantinopla para dar cuenta de las gestiones realizadas al emperador, el cual le nombra césar dando el título de megaduque a Berenguer de Entenza, unido a la Compañía con el correspondiente refuerzo. Para evitar el malestar general de

bizantinos y genoveses frente a la Compañía, Andrónico concede en feudo a Roger las regiones de Asia Menor —ahora de nuevo ocupadas por los turcos—, a excepción de las ciudades importantes, que los almogávares pudiesen conquistar.

La donación, basada en principios feudales occidentales, abre la tercera etapa de este ejército, que ahora pasará a ser, en teoría, propietario de las tierras dominadas. A esta concesión se oponen numerosos bizantinos, entre ellos el príncipe Miguel Paleólogo, primogénito del emperador, quien reorganiza su propio ejército con romeos —soldados griegos—, alanos y turcoples, ordena a Roger de Flor que se dirija desde Gallípoli a Adrianópolis y manda asesinarle junto a toda su escolta (abril 1305).

Venganza catalana

Sucede a Roger en el mando supremo de la Compañía Berenguer de Entenza, quien, en perfecto acuerdo con capitanes y soldados, hace una declaración de guerra al imperio. Decide que la mayor parte de la guarnición quede en Gallípoli defendiendo el campamento, y otros, dirigidos por él, salgan a saquear la isla de Mármara y la ciudad de Heráclea; de regreso al campamento prosiguen su venganza, hundiendo en el mar de Mármara cuantas naves bizantinas encuentran a su paso, pero unas galeras genovesas al frente del almirante Eduardo de Oria que pasan por esta zona en dirección a su factoría de Trebisonda, bajo el pretexto de conceder entrevista de honor a la Compañía, hacen prisioneros a Entenza y su escolta, entregándolos, al regreso, a la ciudad de Génova.

De nuevo los almogávares precisan otro jefe, correspondiendo la designación al senescal Bernardo de Rocafort y el gobierno de Gallípoli a Ramón Muntaner, quienes, a pesar de las pérdidas humanas entre la propia guarnición del campamento y de toda la escolta de Entenza, deciden proseguir la guerra iniciada antes contra el poderoso ejército bizantino; dirigiéndose a lugares más cercanos a Constantinopla vencen a los griegos en Apros, saquean las aldeas pequeñas de la provincia de Tracia, ocupan las ciudades de Rodosto y Pánido estableciendo en ellas gran parte de sus guarniciones.

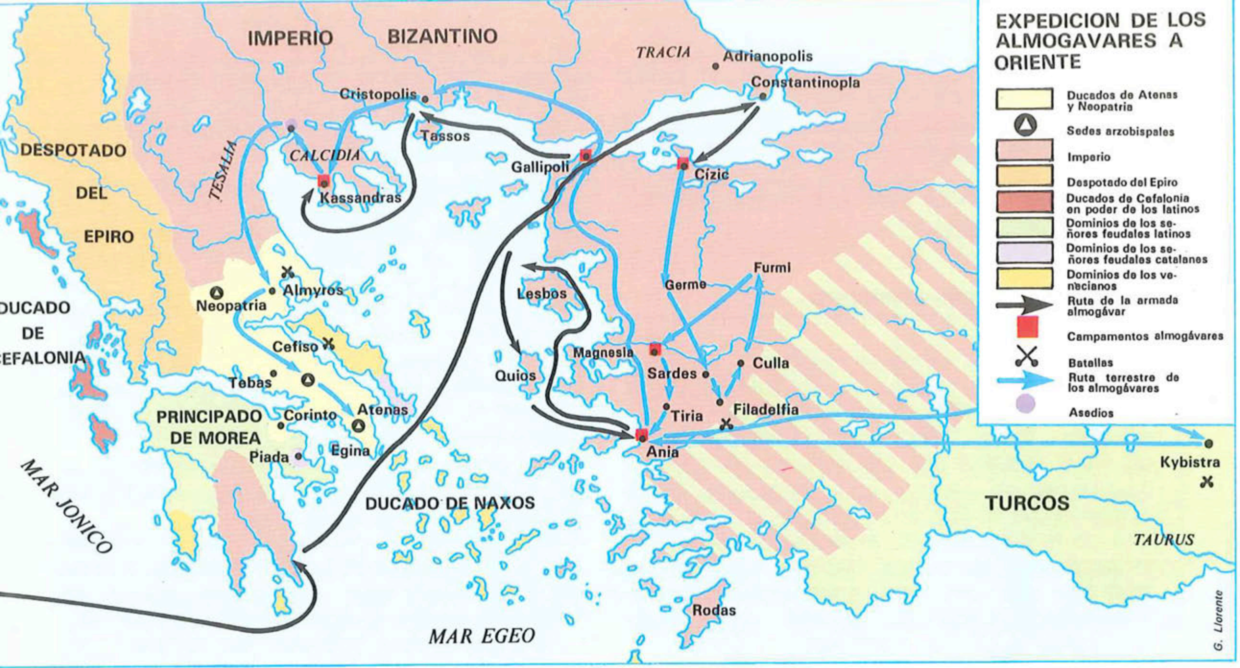
Para evitar enfrentamientos serios motivados por divergencias respecto al mando entre Rocafort, Muntaner y Arenós, los dos últimos, supeditados al primero, determinan actuar conjuntamente frente a los griegos cuando la situación lo requiera, pero estableciéndose cada uno con sus correspondientes compañías en lugares separados; así el rico-hombre ampurdanés decide permanecer con casi toda la Compañía en Rodosto y Pánico, el cronista continuará guarneciendo Gallípoli y el noble aragonés ataca y ocupa Módico; los ejércitos de Módico y Rodosto atacan por sorpresa el puerto de Stenia —en el mar Negro—, regresando con gran botín a sus respectivas bases (1306); intentan apoderarse de Constantinopla, pero al ser ciudad populosa y bien defendida, fracasan en el asalto, retirándose no sin antes causar estragos en los alrededores.

La fama de invencibles y, sobre todo, la acumulación de riqueza de los almogávares dirigidos por Rocafort, crea una doble situación contraria en el territorio imperial: por otra parte, Andrónico y los genoveses envían embajadas para negociar la paz, necesaria al primero para evitar la desintegración de su gobierno por la presión popular y a los segundos para salir del colapso comercial en que se hallan inmersos; por otra parte, algunos griegos y muchos turcos —cerca de tres mil— y turcoples —unos mil— piden la entrada en la Compañía, en calidad de soldados de infantería y caballería, para probar fortuna y secundar las iniciativas de quien consideran único jefe.

Con estos refuerzos, Rocafort se convierte en indiscutible caudillo, como lo demuestra cuando Berenguer de Entenza, liberado por la república genovesa, acude a Gallípoli con la intención de recuperar su antigua máxima jefatura; en el enfrentamiento de ambos por el poder interviene el Consejo dando la solución, aparentemente más aceptable, de permitir a cada uno mandar sobre el grupo de soldados que quisiera seguirle. Rocafort recibe bajo su mando a la hueste más numerosa, mientras Entenza y Arenós son seguidos por un reducido número de aragoneses, catalanes y navarros.

Mientras Rocafort sitia la ciudad de Nona y Entenza la de Megarix, llega a Gallípoli, en la primavera de 1307, un refuerzo de tropas al frente del infante Fernando, hijo de Jaime II de Mallorca, que va en calidad de lugarteniente de Federico de Sicilia y, como tal, debería ser reconocido jefe de la compañía de almogávares en nombre del rey siciliano; le prestan homenaje de reconocimiento y fidelidad Muntaner, Entenza y Arenós, pero Rocafort se niega a admitirlo por considerar innecesaria y tardía su presencia.

Todos piensan abandonar la devastada provincia de Tracia para buscar sitios más aceptables en la región de Macedonia. En el verano de 1307 se dirigen por separado (primero parte Rocafort con la mayoría de los almogávares y la totalidad de los turcos y rucoples y al día siguiente lo harán la hueste de Entenza, Arenós y el infante, con la finalidad de evitar roces entre ellos) a la ciudad portuaria de Cristopol. En las cercanías de Cristopol el ejército de Rocafort ataca y desbarata al de Entenza, que pereció en la lucha. Al conocer la noticia, Arenós abandona la misión en señal de protesta por los excesos del caudillo; el infante Fernando, no reconocido lugarteniente, se traslada a la isla de Thasos,



para regresar a Sicilia acompañado de Muntaner y por breve tiempo permanecerán presos en Atenas. Sin Entenza, Arenós, Muntaner y Fernando, Bernardo de Rocafort basará su mandato en el imperio del terror.

Saquean Cristopol, la península Calcídica y, a finales del verano de 1307, levantan el campamento para invernar en Kassandras; aquí reciben una embajada de Carlos de Valois, hijo de Felipe III de Francia, que reivindica derechos sobre el fenecido imperio latino de Constantinopla; Carlos se alía a los venecianos, interesados en revitalizar el comercio que habían mantenido en la primera mitad del siglo XIII en detrimento de los genoveses y pacta la entrada a su servicio de la compañía almogávar, previo juramento de fidelidad de todos sus integrantes.

Sin embargo, durante el año 1308, Rocafort se extralimita en sus funciones de mando, se enriquece de un modo exagerado, abusa desconsideradamente de los capitanes de la hueste humillándolos, lo que fomenta un clima de odio, malestar y opresión que determina una rebelión interna de los capitanes; éstos apresan a Bernardo y lo entregan a Roberto de Nápoles para ser emparedado en el castillo de Averra; a su vez la hueste ejecutará a los implicados en la prisión de su caudillo.

Tras la desaparición de Bernardo de Rocafort se cierra la tercera etapa en la historia de la Compañía. Antes de seguir con sus andanzas es imprescindible echar un rápido vistazo a la conmoción política que originaron en el Mediterráneo.

Cuando los almogávares llegan a Sicilia apoyando el acceso al trono de Pedro el Grande no sólo expulsan de la isla a napolitanos y franceses, sino que para obtener beneficio de la empresa se les permite el paso del estrecho de Messina y el saqueo de la costa de Calabria y Campania (1282-1283): el hundimiento de galeras y la apropiación indebida de botín, perteneciente en gran parte a la Santa Sede, provoca el rechazo de los soldados catalano-aragoneses y la excomunión del rey, responsable de los desmanes cometidos.

Desde la firma del tratado de Anagni —Jaime II se convierte en aliado y gonfaloniero del papa—, la Compañía romperá los nexos con la corona aragonesa-catalana poniéndose a las órdenes del rey de Sicilia. Como la isla sigue bloqueada, Federico de Sicilia admite que el aprovisionamiento se realice asaltando los transportes marítimos genoveses y pisanos poco protegidos ante estos actos propios de piratas, a quienes proporcionan pingües beneficios, parte de los cuales entregan a los sicilianos, mientras la mayoría les servirá para hacerse poderosos económicamente.

El mayor peligro para el imperio bizantino radica en las tribus de los turcos otomanos, que en el siglo XIII han invadido el imperio y penetrado en Anatolia, presionados por las invasiones mongolas; a finales de 1302, Andrónico contrató a los mercenarios almogávares con estipendios superiores a los de los restantes grupos de combatientes extranjeros, proporcionándoles albergue en la ciudad de Constantinopla en el espacio comprendido entre el palacio imperial y la puerta de Blaquernas.

Génova teme perder su privilegiada situación socio-económica en el imperio bizantino, ante la llegada de tan numeroso contingente de tropas poco acostumbradas a la vida urbana; recibe a éstos con actitud hostil, a la que res-

ponden los almogávares asaltando el barrio residencial de Pera y efectuando una masacre entre los genoveses establecidos allí; de inmediato el emperador les exige el abandono de Constantinopla y el inicio del cumplimiento de lo pactado: habían sido requeridos para expulsar a los turcos.

Contra los turcos otomanos

Durante este invierno se establecen en Chíos reavivándose las diferencias entre la población civil y la Compañía, que saquea víveres y posesiones. Desde 1303 hasta la muerte de R. de Flor (1305), las actuaciones de los almogávares se centran con preferencia en el ataque a los turcos otomanos de la zona costera de la península de Anatolia; el interés por la ocupación del litoral oeste y sudoeste es motivado por un claro planteamiento estratégico-militar: desde aquí podrían recibir ayuda de cualquier tipo y permanecer en contacto con el imperio, obligarían a los turcos a replegarse hacia zonas interiores imposibilitando su acceso hacia Europa.

Sin embargo, a pesar de luchar victoriosamente frente a los turcos, de aniquilarlos en los distintos frentes de lucha y de apropiarse de infinidad de objetos valiosos pertenecientes a estos pueblos (joyas de oro y plata, ricas vestimentas, esclavos, armas, dinero, etcétera), van a obligar violentamente a los bizantinos a secundarlos ejecutando públicamente en Culla, para que sirva de toma de conciencia, a los jefes de la ciudad que, según R. de Flor, se habían limitado a permanecer en actitud de espectadores. La compañía obliga a todos los habitantes supervivientes de pueblos, aldeas o ciudades arrasadas, sean bizantinos o turcos, a contribuir con impuestos de guerra, lo que ocasiona en los primeros una aversión total hacia el ejército mercenario y en los segundos, terror. La inmensidad de pérdidas humanas y materiales en Chíos, Efeso, Filadelfia, Culla, Tiria, Esmirna, Gallípoli, son el más claro exponente de la barbarie incontenible de estos grupos de caballería e infantería y explican el odio de las poblaciones bizantinas, tanto de las que han sufrido los asaltos como de las del interior, que indudablemente están a expensas de padecerlos.

El agradecimiento económico y militar a los ejércitos mercenarios en tan pocos años es debido al apoyo que Andrónico les ofrece; por el contrario, los genoveses, con su dominio del comercio bizantino, la población griega, arruinada por la depresión económica del imperio y los continuos robos de sus subsistencias alimenticias efectuadas por los almogávares cuando no reciben las pagas estipuladas o cuando las reciben en moneda de baja ley y peso o, simplemente, cuando deciden efectuar saqueos y el príncipe heredero Miguel, asociado al trono, necesitan para su propia supervivencia expulsarlos del imperio.

Esta presión endógena ejercida por los tres grupos obliga al emperador a tomar la decisión de alejarlos de la zona europea ofreciendo a cambio, en forma de feudos, los territorios asiáticos que pudiesen ocupar; pero ni los genoveses, ni la población, ni el príncipe heredero aceptan esta solución porque seguirá constituyendo un gran peligro para todos ellos; son estas circunstancias las que hacen explicable el asesinato de Roger de Flor en Adrianópolis y la posterior matanza de cuantos aragoneses y catalanes encuentran, ya sean pertenecientes a la hueste o separados de la misma por discrepancias en la forma de actuar (es el caso de Fernando Ahones, establecido en Constantinopla y asesinado).

La Compañía acampada en Gallípoli aniquila a toda la población civil de la península e inicia los preparativos para la declarada guerra de exterminio contra el imperio; pierden gran cantidad de efectivos mientras son dirigidos por Entenza, pero desde el momento en que asume el mando Rocafort, los éxitos militares son continuos, el botín recogido y, por tanto, el enriquecimiento de todos, máximo, y la ampliación numérica del ejército, abierto a quienes quisiesen salir de la pobreza, espectacular. El caudillo conoce perfectamente la psicología de los mercenarios; sabe que repartiendo tesoros en abundancia casi todos le obedecerán ciegamente en su meta de sembrar el pánico entre los griegos, que van a abandonar pueblos y ciudades pequeñas para evitar la muerte o el cautiverio (otra nueva fuente de riqueza, porque los almogávares los venden como esclavos).

Andanzas en Grecia

El temor a los abusos y represiones de la actuación de Rocafort sale de los límites bizantinos, genoveses y venecianos para alcanzar a los países de donde procedían los soldados —Sicilia, Cataluña-Aragón-Valencia, Mallorca, Navarra—, quienes ven como medida adecuada para frenar estos hechos enviar al infante Fernando a que ocupe la máxima jefatura de la hueste. Al no ser reconocido éste como tal por la mayoría, los excesos de los soldados continuaron intensificándose contra las poblaciones bizantinas y contra los capitales de las compañías, sensibilizados con la conducta de su jefe. Constantinopla queda desprovista de víveres porque las llanuras de Tracia y Macedonia han sido devastadas.

Tras la muerte de Rocafort y la desaparición de casi todos los capitanes de la primera época, se inicia una nueva etapa en la trayectoria de los almogávares. La Compañía, funcionando como república militar independiente,

se traslada (1309) a la región de Tesalia al servicio de Juan II, pero a principios de 1310 surgen desavenencias y enfrentamientos. En este mismo año el duque de Atenas, el francés Gualterio de Brienne, en lucha con el señor de Tesalia, ofrece a los almogávares, que le apoyarán, las mismas condiciones obtenidas tiempo atrás con Andrónico; pero, pacificada la zona, el duque no cumple las condiciones pactadas y obliga a la Compañía a salir de la ciudad de Atenas para acampar en Tesalia. La venganza no se hace esperar. En marzo de 1311 los catalanes vencen al ejército ateniense en la batalla de Cefiso, arrebatando a los franceses el ducado de Atenas y Tebas. A partir de ahora los franceses pierden sus dominios latinos en el Próximo Oriente, propiciando la hegemonía en los mismos, durante el siglo XIV, de genoveses, venecianos y catalanes.

La Compañía Catalana se establece definitivamente en Atenas y Tebas, ofrece la soberanía nominal del territorio a la corona aragonesa de Sicilia y amplía sus territorios anexionando gran parte de Tesalia (el ducado de Neopatria), uniéndolo a Atenas. A la muerte de Federico III (julio 1377), se extingue la línea sucesoria directa de Aragón en Sicilia; este hecho provoca una guerra civil de tres años de duración entre los antiguos almogávares, ahora ciudadanos de Grecia: la Compañía Navarra, bajo la jefatura de Urtubia y Coquerel, se dirige a Morea —1378-1380— con objeto de prestar sus servicios al señor de Corinto, Nerio Acciajuoli, y a la orden del Hospital, para invadir el ducado de Atenas y conquistar Tebas (1379); la violencia navarra es tan excesiva que obliga a los tebanos supervivientes a trasladarse a la isla de Negroponte.

Tebas está sometida a la Compañía hasta 1382, pero ya no formará parte del ducado catalán-aragonés. La Compañía evita el ataque navarro a Atenas (1379), pone fin a la guerra y proclama la soberanía de la corona de Aragón sobre los ducados, en poder de los catalano-aragoneses desde 1380 hasta 1388; en este año la familia de banqueros florentinos, los Acciajuoli, dueños de Corinto, consigue tomar los ducados de Atenas y Neopatria.

Evolución historiográfica

La expansión de las huestes almogávares en el Próximo Oriente fue un tema tratado en su momento, aunque desde puntos de vista divergentes, por cronistas bizantinos y catalanes; en general, los primeros, entre los que sobresalen Pachymeres, Nicéforo Gregoras, Cantacuzeno y Teódulo, fueron conscientes de que la decadencia imperial se acrecentaba con las continuas devastaciones del ejército mercenario, superiores en todo a las realizadas por los turcos. La Compañía tuvo un historiador de ex-



Jaime II de Aragón

cepción, Ramón Muntaner, que en su *Crónica* hace un valioso relato de las distintas formas de actuación y ocupación de territorios. Sin duda, la obra de Muntaner, concluida algunos años antes de su muerte en Valencia en 1336, ha originado un gran número de reediciones y una copiosa bibliografía posterior. La *Crónica* se edita en dos ediciones en catalán (1558 y 1562); el siglo XIX la da a conocer en castellano, italiano, francés y alemán, y el siglo XX la recopila en casi todos los idiomas; en 1970, Alianza Editorial la publica con una importante introducción de Joan Fuster.

Los estudios posteriores son del siglo XIX: en el campo literario, el drama romántico de Antonio García Gutiérrez, *La venganza Catalana,* y en el histórico, *La expedición y dominación de los catalanes en Oriente,* de Antonio Rubió y Lluch (Memorias de la Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1887) y, fundamentalmente, del siglo XX: A. Rubió y Lluch, *La Grecia catalana* (Anuari del Institut d'Estudis Catalans, 1915-1920) y *Los catalanes en Grecia. Ultimos años de su dominación* (Madrid, Edit. Voluntad, 1927); Carlos Banús y Comas, *Expedición de catalanes y aragoneses a Oriente a principios del siglo XIX* (Madrid, Talleres Prensa Nueva, 1927); Juan E. Cabestany, *Expansió catalana per la Mediterrània* (Barcelona, Bruguera, 1967); José M. Moreno Echevarría, *Los almogávares* (Barcelona, Plaza-Janés, 1972); Nicolau d'Olwer, *L'Expansió de Catalunya en la Mediterrania Oriental (Barcelona, 1926*); Jep Pascot, *Els Almogavers. L'epopeia medieval dels catalans, 1302-1388* (Barcelona-Proa Socitra).